

Revista de Estudios Históricos

Vol. 2



Edita: Grupo de Investigación Complutense de la Guerra Civil y el Franquismo (GIGEFRA) y Departamento de Historia Moderna e Historia Contemporánea, Universidad Complutense de Madrid

Lugar de edición: Madrid

Dirección: Gutmaro Gómez Bravo

Secretaría académica: Gustavo García de Jalón Hierro

Consejo editorial: Grupo de Investigación - GIGEFRA

© Revista de Estudios Históricos

© De los textos, sus autores

Dirección web: <https://revistaestudioshistoricos.es>

Correo electrónico: info@revistaestudioshistoricos.es

ISSN: 2990-2967

La *Revista de Estudios Históricos* es una iniciativa cuyos principios fundamentales son el libre acceso y colaboración, por lo que se encuentra abierta a toda contribución que se ajuste a la temática de la publicación. Las aportaciones serán remitidas mediante el correo electrónico o el formulario web. La periodicidad de la revista es semestral.

Índice

Presentación	6
Reseñas	7
Weber, Eugen: <i>De campesinos a franceses. La modernización del mundo rural (1870-1914)</i>. Barcelona, Taurus, 2023. 800 pp. Julio López Íñiguez	7
Guerrero Martín, Alberto (ed.): <i>Los relatos de la guerra</i>. Madrid, Sílex, 2023. 446 pp. Manuel Aguilera Povedano	10
Domènech Sampere, Xavier: <i>Lucha de clases, franquismo y democracia. Obreros y empresarios (1939-1979)</i>. Madrid, Akal, 2022. 416 pp. Carlos Ángel Ordás García	13
Botti, Alfonso: <i>Historias de las «terceras Españas» (1933-2022)</i>. Valencia, PUV, 2023. 166 pp. Javier Muñoz Soro	16
Madden, Deborah: <i>Matilde de la Torre. Sex, Socialism and Suffrage in Republican Spain</i>. Oxford, Legenda, 2022. 188 pp. María Nieves García Pintor	19
Ríos Sierra, Jerónimo: <i>Historia de los procesos de paz en Colombia (1982-2022). Élités políticas, fuerzas militares, guerrillas y paramilitarismo</i>. Granada, Comares, 2023. 220 pp. Diego Martínez López	22
Sánchez Pérez, Francisco: <i>El Germinal español. Las elecciones que trajeron la Segunda República</i>. Madrid, Akal, 2023. 504 pp. Julián Vadillo Muñoz	26

- Costa Pinto, Ant3nio:** *Am3rica Latina en la era del fascismo*. Granada, Comares, 2023. 124 pp.
Gabriela de Lima Grecco 30
- Fern3ndez Soldevilla, Gaizka; L3pez P3rez, Juan Francisco:** *All3 donde se queman libros. La violencia pol3tica contra las librer3as (1962-2018)*. Madrid, Tecnos, 2023. 264 pp.
Francisco Javier Merino Pacheco 35
- Peyrou, Florencia:** *La Primera Rep3blica. Auge y destrucci3n de una experiencia democr3tica*. Madrid, Akal, 2023. 376 pp.
Daniel Aquillu3 Dom3nguez 38
- Garc3a Cabrera, Marta:** *Bajo las zarpas del le3n. La persuasi3n brit3nica en Espa3a durante las guerras mundiales*. Madrid, Marcial Pons, 2022. 368 pp.
Gustavo Garc3a de Jal3n Hierro 42
- Louzao Villar, Joseba:** *Breve historia de la Iglesia Cat3lica en Espa3a*. Madrid, Catarata, 2023. 272 pp.
Jos3 Ram3n Rodr3guez Lago 45
- Luenta L3pez, C3sar; S3nchez Ill3n, Juan Carlos:** *La fuerza de la socialdemocracia. Jos3 Mar3a Maravall, biograf3a de un pol3tico e intelectual reformista*. Valencia, Tirant Lo Blanch, 2023. 298 pp.
Jos3 Vicente Garc3a Santamarina 49
- Oviedo Silva, Daniel:** *El enemigo a las puertas. Porter3s y pr3cticas acusatorias en Madrid (1936-1945)*. Granada, Comares, 2023. 340 pp.
Fernando Jim3nez Herrera 51
- Baltuille Mart3n, Jos3 Manuel; Schnell Quiertant, Pablo; Rubio Pascual, Francisco Javier:** *Las construcciones defensivas de la Guerra Civil Espa3ola en el Frente de la Sierra (Subsector de Peguerinos-Robledo de Chavela). Su relaci3n con la Geolog3a y el Paisaje*. 3vila, Diputaci3n, 2023. 448 pp.
Antonio Alonso Jim3nez y Enrique 3lvarez Areces 54
- Vadillo Mu3oz, Juli3n:** *Historia del movimiento libertario espa3ol. Del franquismo a la democracia*. Madrid, Catarata, 2023. 272 pp.
Alejandro Acosta L3pez 57

Muñoz Soro, Javier: <i>Morir lejos de casa. Las cartas de los soldados italianos en la Guerra Civil española.</i> Madrid, Marcial Pons, 2022. 358 pp.	
Francisco J. Leira Castiñeira	63
Faraldo, José M.: <i>Rusofobia. Ensayo sobre prejuicios y propaganda.</i> Madrid, Catarata, 2023. 128 pp.	
Pablo Martínez Sánchez	68
Debates	71
Hernández Burgos, Claudio; Rina Simón, César (eds.): <i>El franquismo se fue de fiesta. Ritos festivos y cultura popular durante la dictadura.</i> Valencia, PUV, 2022. 236 pp.	
Carmen Ortiz García	71
Entrevistas	79
«Las culturas políticas católicas fueron de todo menos homogéneas»	
Entrevista con Alejandro Camino Rodríguez	79
«La historia, al fin y al cabo, es la suma de las historias personales que la componen e integran»	
Entrevista con Elsa Calero-Carramolino	86
«El Siglo Futuro fue el que catapultó a Manuel Fal Conde al liderazgo de la Comunión Tradicionalista»	
Entrevista con José Luis Agudín Menéndez	92
Autores	103

Presentación

Finalizado el año 2023, la *Revista de Estudios Históricos* publica su segundo número en virtud de su compromiso con la alta divulgación y el firme propósito de constituir un punto de encuentro entre las diversas formas de entender y estudiar el pasado. De esta voluntad de diálogo entre enfoques plurales da cuenta la nómina de jóvenes investigadores y profesionales de distintos ámbitos de las humanidades y las ciencias sociales que firman el volumen, cuyo alcance esperamos que trascienda de la comunidad universitaria al público general.

En este sentido, el número se abre con la recensión de una obra capital de la historia cultural, editada por primera vez en español tras casi medio siglo desde su publicación original, que no es otra que el clásico estudio de Eugen Weber sobre la construcción de la nación francesa. En el formato habitual de la revista, estructurado en reseñas y entrevistas, le siguen comentarios críticos que van desde las nuevas aportaciones a los estudios de la guerra, investigaciones sobre neutralidad y propaganda, el fascismo en perspectiva transnacional hasta el análisis de conflictos actuales como la guerra en Ucrania o la violencia política en Colombia y España.

Por otro lado, en este volumen se incorpora una nueva sección de debate historiográfico, que encuentren como base de sus reflexiones una o varias novedades editoriales. Ello permitirá a los autores realizar análisis bibliográficos de una mayor profundidad y extensión, así como ofrecer al público una visión actualizada de las más novedosas líneas de investigación. Inaugura este apartado la recensión que la profesora Carmen García Ortiz realiza de la obra colectiva coordinada por Claudio Hernández Burgos y César Rina Simón acerca del desarrollo de las celebraciones festivas durante la dictadura franquista.

Confiamos en que esta nueva entrega contribuya a estimular la lectura y difusión de estas obras, al mismo tiempo que impulse a los lectores a la colaboración con el proyecto.

Grupo de Investigación Complutense de la Guerra Civil y el Franquismo
(GIGEFRA)

Reseñas

Weber, Eugen: *De campesinos a franceses. La modernización del mundo rural (1870-1914)*. Barcelona, Taurus, 2023. 800 pp.

Desde finales del siglo pasado, a numerosos historiadores de habla hispana les ha resultado inadmisibile la imposibilidad de leer en español una de las cumbres de la mejor historia cultural: *Peasants into Frenchmen: The Modernization of Rural France (1870-1914)*, escrita por Eugen Weber y publicada allá por los años setenta. La editorial Penguin Random House, a través de su sello Taurus, y de la mano del extraordinario trabajo de traducción de Jordi Ainaud i Escudero, ha conseguido cubrir recientemente este incomprensible vacío.

Para poder comprender la dimensión de esta obra basta con explicar que ha sido clave para desmitificar teorías firmemente establecidas hasta fechas no tan lejanas. Sin ir más lejos ha sido fundamental para matizar o rechazar el mito de la *fuerte nacionalización* francesa desde finales del siglo XVIII, también para retrasar considerablemente el momento de la homogeneización lingüística del *hexágono* o para enriquecer el punto de vista de los historiadores con aspectos tan importantes como la educación, el *folklore*, las relaciones entre el campo y la ciudad, la influencia del Ejército o la Iglesia en diferentes regiones o las diferentes tradiciones de historia oral. Las diferentes teorías de la modernización en historia contemporánea, además, han tenido que tener muy presente el libro de Weber antes de llegar a conclusiones erróneas o caer en lugares comunes alejados del rigor histórico.

La carrera académica de Weber puede ser descrita como la de un historiador inconformista y militante, al que sus orígenes acomodados en su Rumanía natal no impidieron cuestionarse aspectos cruciales como las jerarquías sociales, las variadas y soterradas violencias contemporáneas hacia los de abajo y las diferentes pervivencias del Antiguo Régimen. Tras una sólida formación académica en Francia (Sorbona y Sciences Po) e Inglaterra (Cambridge), Weber inició un periplo docente en diferentes universidades anglosajonas que le llevaría a

impartir su magisterio en los Estados Unidos (UCLA). Su obra ya era conocida en el viejo continente, no en vano había publicado en 1962 la obra *L'Action Française, Royalism and Reaction in the Twentieth-Century*, donde diseccionaba las ideas políticas de Charles Maurras y el funcionamiento de este movimiento político derechista francés. Su exhaustivo trabajo epistolar y hemerográfico llamaron la atención por su rigor y complejidad.

La obra que reseñamos en estas líneas se encuadra dentro de la mejor tradición de historia cultural. El libro está dividido en tres bloques bastante extensos que, a su vez, se subdividen en 29 capítulos. En el primer bloque Weber describe el estado en que Francia llega a 1870, esto es, el inicio de la Tercera República. Podemos encontrar aspectos tales como las formas de vida del campesinado en las diferentes regiones o el dominio del francés en los departamentos más alejados de París. También aparece un estudio pormenorizado acerca de la problemática de las medidas de origen medieval, vigentes y muy variadas dependiendo de cada región, a pesar de haber adoptado el sistema métrico decimal en tiempos de Luis Felipe de Orleans. Otro aspecto muy interesante es la desconfianza que los franceses mostraron durante la mayor parte del siglo XIX hacia los representantes del gobierno en los diferentes territorios: personas tales como jueces, recaudadores de impuestos, funcionarios o, simplemente, forasteros con un cierto nivel de cultura eran acogidos en muchas localidades con evidente desconfianza y hostilidad. Las leyes emanadas del parlamento de París a menudo eran burladas o desafiadas. Todo ello en un marco de frecuentes hambrunas, penurias económicas y de salud y donde el trabajo de las clases populares era agotador.

En el segundo bloque el autor realiza un análisis sobre los agentes del cambio. En él hace un recorrido por las infraestructuras clave en la Francia del último tercio del siglo XIX: las carreteras y el ferrocarril. Weber analiza los cambios económicos, pero también de comportamiento, de aficiones y culturales que estas mejoras conllevaron. La politización del pueblo francés, que muchos han creído bastante más temprana, es planteada en este bloque como algo más lento y pausado, además de desigual. También se incide en los diferentes niveles de politización que, en ocasiones, se producía en clave local o regional. Únicamente hacia finales del siglo XIX puede observarse una creciente identificación con la nación que conllevó

a un incremento de la participación política, siendo el Ejército un elemento clave. El proceso de implantar una escolarización nacional es, a mi juicio, el capítulo más interesante de este bloque. A un desconocimiento general del francés en muchas regiones por muchísimos alumnos, e incluso profesores, se sumaba un plan de estudios apartado de saberes básicos útiles para los campesinos. Cuando esto cambió en la década de 1880, la escuela nacional empezó a calar en la gran mayoría de la población, aceptando una mayor profundización en el estudio de la lengua francesa.

El tercer y último bloque nos presenta el resultado de la intervención de los agentes del cambio antes descritos. El autor hace un recorrido principalmente por aspectos folklóricos, como las fiestas y los populares *charivaris*, que fueron perdiendo fuerza conforme Francia se adentraba en el siglo XX. La sabiduría comunitaria de tradición oral, las *veillées* o reuniones de vecinos en los momentos que las tareas menguaban, o las canciones populares también fueron extinguiéndose paulatinamente. Francia se aproximaba a 1914 con unas estructuras de estado moderno, lingüísticas, culturales o sociales, mucho más recientes de lo que muchos historiadores han creído.

Toda la obra es completada con un ambicioso conjunto de mapas con gráficas y datos acerca de las diferentes temáticas tratadas. Tan importante como las conclusiones antes expuestas es el ingente volumen de ejemplos y datos recopilado. También cabe destacar la enorme cantidad de notas explicativas y de referencias bibliográficas. Estamos, pues, ante una obra capital para cualquier historiador o amante de la historia, y con unos argumentos que, *mutatis mutandis*, podrían ser aplicados a muchas naciones europeas en el período *entre siècle*.

Julio López Íñiguez
Universitat de València

Guerrero Martín, Alberto (ed.): *Los relatos de la guerra*. Madrid, Sílex, 2023. 446 pp.

Este nuevo libro de la prestigiosa editorial Sílex recorre a lo largo de 27 capítulos los relatos de la guerra desde la Historia Antigua hasta el mundo actual, desde Eurípides hasta un tema tan actual como Hizbulá. Los autores analizan diferentes textos significativos de cada época, con un protagonismo de la etapa contemporánea y total ausencia de la medieval.

Como explica su coordinador, el doctor Alberto Guerrero Martín, el relato bélico ha variado con el tiempo: primero encontramos la simple descripción de las batallas de la antigüedad, luego pasamos a las hazañas de los caballeros medievales y en el siglo XIX destacan los diarios y memorias de soldados y corresponsales, además de la incorporación del soporte audiovisual. El punto de partida fue la guerra de Crimea (1854), donde se tomó la primera fotografía en el campo de batalla.

En el siglo XIX encontramos a los primeros grandes corresponsales, como el irlandés William Howard Russel, que fue pionero en enviar sus crónicas por telégrafo. Varios capítulos analizan el trabajo de estos periodistas que se jugaron el tipo contando lo que pasaba en la vanguardia y retaguardia de los conflictos. Por ejemplo, los profesores María Isabel Abradelo de Usera, Alfonso Bullón de Mendoza y Gómez de Valuguera y Carlos Gregorio Hernández Hernández (Universidad CEU San Pablo) exponen un estudio excelente sobre los textos de periodistas, escritores y viajeros ingleses durante la guerra civil portuguesa (1828-1834). Asimismo, María Isabel Abradelo y José Luis Orella Martínez examinan las crónicas del corresponsal británico John Moore, que cubrió la Primera Guerra Carlista en 1835 y publicó un libro con las atrocidades que vio en España.

En la línea de introducción del soporte audiovisual, el profesor David García Hernán (Universidad Carlos III) señala que hemos pasado de «la Historia la escriben los vencedores» a «la Historia la escriben los productores». El cine, los documentales y demás productos audiovisuales (también las redes sociales) están sustituyendo a los historiadores en el control

del relato. Y, como afirma García Hernán, «nos encontramos en una época en la que predomina el relato sobre la constatación de los hechos históricos».

Varios capítulos justifican que la difusión de la Historia puede usar más formatos que la prosa narrativa, como, por ejemplo, el documental, el cine o el cómic. Enrique Gudín de la Lama (ASEHISMI), Javier Voces Fernández (Universidad de Cantabria) y Óscar González Fernández (Universidad del País Vasco) lo explican en su luminoso análisis de la novela gráfica del doctor Pablo Uriel en la Guerra Civil Española. En el ámbito audiovisual, se destaca la eficacia de los documentales como instrumentos de propaganda y, como ejemplo, el libro aporta estudios sobre los camarógrafos soviéticos en la España de 1936 y sobre el NO-DO durante la Guerra de Corea (1950-1953).

Para analizar esta evolución histórica, el libro aborda una doble vertiente: las crónicas de la guerra de periodistas y militares, y los ensayos sobre el arte de la guerra de diferentes eruditos. Entre las conclusiones comunes hay una que llama poderosamente la atención: en general, los relatos bélicos han aceptado la guerra como un rasgo ineludible de la sociedad. Sorprende la ausencia de mensajes pacifistas.

El mayor ejemplo de ello son los textos sobre el Desastre de Annual (1921) de Miguel de Unamuno y Ramiro de Maeztu que analiza la profesora María Gajate Bajo (Universidad de Salamanca). El primero en contra de la guerra y el otro a favor: «La guerra de África es una guerra colonial, es decir, civilizadora de un pueblo atrasado, y para todo hombre de sentido histórico no habrá guerra más justificada», escribió Ramiro de Maeztu. En este sentido, el poeta vasco exaltaba «el valor como ideal de una masculinidad sana», señala la profesora Gajate.

Asimismo, Francisco Escribano Bernal (Universidad de Zaragoza) explica cómo los novelistas franceses tomaron partido por uno de los dos bandos de la Guerra Civil Española y nunca transmitieron mensajes pacifistas: «Se deja ver que la guerra es un acontecimiento necesario para la sociedad». El capítulo del profesor Escribano cita las crónicas del autor de *El Principito* (1943), Antoine de Saint-Exupéry, las cuales escribió en agosto de 1936 desde el

frente de Aragón para el diario conservador *L'Intransigeant*. Posiblemente, la elección de ese frente le salvó la vida, porque ese mismo diario envió en la misma fecha otro corresponsal al frente de Mallorca, Guy de Traversay, y acabó fusilado porque unos falangistas lo confundieron con un miliciano francés.

Por su parte, el profesor Antonio Miguel Jiménez Serrano (Universidad CEU San Pablo) analiza en un capítulo la fiabilidad de los relatos bélicos de la Antigua Roma y propone aplicar unos lúcidos criterios para valorar su verosimilitud: 1) El tiempo transcurrido entre los hechos narrados y la narración, 2) la experiencia del autor, 3) el método histórico, 4) la finalidad de la obra y 5) el contexto en el que tuvo lugar la escritura de la obra.

En definitiva, el libro es un análisis muy transversal de los relatos de la guerra, que aborda diferentes formatos y periodos, y que aporta una base epistemológica para futuros estudios sobre la Historia de los conflictos bélicos.

Coincidimos con el catedrático Federico Martínez Roda (Universidad Católica de Valencia), que en el prólogo de la obra recuerda que la responsabilidad del historiador es difundir «información verdadera» y no convertir el relato del pasado en una «confirmación retrospectiva de la propia ideología». Lamentablemente, «la verdad histórica cuenta con enemigos».

Manuel Aguilera Povedano

CESAG-Universidad Pontificia Comillas

Domènech Sampere, Xavier: *Lucha de clases, franquismo y democracia. Obreros y empresarios (1939-1979)*. Madrid, Akal, 2022. 416 pp.

El libro de Xavier Domènech es una de las obras más completas y actualizadas para entender lo que fue el movimiento obrero y el impacto que tuvo en España durante la dictadura franquista. La obra supone para el autor completar una larga trayectoria investigadora en referencia al movimiento obrero desde el análisis de la historia social. De hecho, como él mismo comenta, sirve para completar una de sus obras anteriores, *Cambio político y movimiento obrero bajo el franquismo* (Icaria, 2021), y, por tanto, terminar de abordar un objeto de estudio al que ha dedicado más de una década.

El libro evoca inevitablemente a la obra *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (1963) de E.P. Thompson; de hecho, es la construcción de la clase obrera en España uno de los elementos que de manera más elocuente ha descrito Domènech en su trayectoria como historiador. Respecto a esto, el autor identifica la acción humana como el elemento clave en el análisis del movimiento obrero como sujeto, de manera que rechaza abiertamente que la clase deje de ser algo relacional y sea simplemente una identidad, como ha sido sostenido por una parte de la historiografía. Según Domènech, las formas y contenidos de la construcción social y cultural de la clase obrera pueden variar en función del territorio de procedencia, tal como ocurre en el caso español. Esto, sin embargo, enraíza en realidades diversas que desarrollan una conciencia compartida que identifica a sus miembros como clase.

En su análisis, Domènech muestra como hay una formación tardía de la clase obrera en España, pero sujeta a dinámicas de aceleración que implican a su vez una alteración abrupta del escenario de producción y consumo donde se desarrolla. También explica la importancia de la cultura y los valores rurales y como estos son exportados a los principales núcleos urbanos durante la dictadura, especialmente a los suburbios donde mayoritariamente vivía una clase trabajadora para la cual las redes de apoyo mutuo revelaban ser una de las principales estrategias de supervivencia. Dentro de la cultura obrera, permaneció además el recuerdo de la derrota

durante la guerra civil española, lo cual no fue un impedimento para poder incidir en la política durante la dictadura, especialmente en las relaciones laborales.

En este sentido, Domènech pone en el centro del análisis al movimiento obrero, pero no sólo en su concepción como tal, también en la capacidad de incidencia que tuvo durante el periodo. Al respecto, explica cómo se genera y desarrolla la conflictividad obrera y sus resultados palpables, por ejemplo, los Convenios Colectivos de 1958. En esta línea de interpretación remarca el papel activo del movimiento obrero, de manera que la expansión de la protesta durante los sesenta no fue fruto del marco político sino al revés. En definitiva, el autor analiza como el movimiento obrero atesoró importantes cotas de éxito en las diversas estrategias que desarrolló, desde la conflictividad «por oleada» hasta la incidencia en el sindicato vertical.

En el análisis de la conflictividad obrera, Domènech cuestiona muchas de las referencias bibliográficas que han tratado el tema y que han focalizado sus análisis en interpretaciones sujetas a criterios de finalidades meramente políticas o económicas. Según el autor, estos análisis cuantitativos dejan fuera la complejidad de los procesos analizados e incluso de los protagonistas que realizan la acción, de manera que se deben tener presente varios ejes analíticos, incluidos el tiempo, que interfieren en la acción colectiva y que hacen imposible analizarla desde categorías estancas. En este sentido se cuestiona por ejemplo la reducción de la conflictividad obrera en 1975, seguramente afectada por el contexto de recesión económica pero donde se debe analizar también la subida de la intensidad de los conflictos, relativas al número de trabajadores implicados y horas de trabajo perdido, entre otras.

Un elemento que también señala Domènech es el hecho de que el conflicto obrero, razón de ser del movimiento, no es algo estático en su clasificación durante el franquismo, sino que muta en diversos momentos y que tendrá como uno de sus principales frutos la extensión de una cultura de la protesta. Esta cultura de la protesta se convertirá en un elemento característico dentro de la década de los setenta, estableciéndose como un elemento compartido dentro del antifranquismo y no sólo.

Domènech también analiza los proyectos de pervivencia del régimen y como estos fueron resultados de la acción antifranquista, especialmente del movimiento obrero y vecinal, que jugaron un papel primordial en la no continuidad de la dictadura, aunque no lograron su colapso. El autor huye de la consideración de familias ideológicas o de la «pluralidad imperfecta» del régimen, donde se sitúa a sectores «aperturistas», que recurrentemente son usados para crear un relato legitimador por el cual la democracia emana del propio régimen.

El último gran sujeto de estudio del libro es el empresariado. Domènech en el libro cuestiona la imagen de este como un grupo privilegiado sin poder de acción durante la dictadura. Remarca la idea que el franquismo era un régimen de clase donde el empresariado, representado incluso en las cortes franquistas, fue beneficiado en todo momento. De hecho, explica como fue común dentro de la cultura obrera el identificar al empresario como sinónimo de franquista. Domènech muestra como los empresarios no actuaron de manera conjunta hasta que se sintieron realmente que la amenaza obrera les puede sobrepasar de alguna manera. En este sentido, será 1977, la «hora de la rebelión de los empresarios», cuando sienten el miedo a la posibilidad de una gran central sindical obrera. Un movimiento obrero con una amplia dimensión anticapitalista y que fue actor fundamental del proceso de transición.

En definitiva, el libro de Domènech es una obra de referencia para el estudio del movimiento obrero en España y de la dictadura franquista. Un libro que se debe situar dentro de las coordenadas de la historia social donde el conflicto ejerce como elemento central del análisis y la construcción del relato histórico. Es, por tanto, una aportación más a la prolífica historia social que comenzó a despegar en la década de los noventa.

Carlos Ángel Ordás García

Universitat Autònoma de Barcelona

Botti, Alfonso: *Historias de las «terceras Españas» (1933-2022)*. Valencia, PUV, 2023. 166 pp.

¿Es necesario justificar el interés de una historia de la llamada «tercera España»? Por lo visto en los debates que ha suscitado el libro del profesor Alfonso Botti en algunos seminarios y presentaciones celebrados en los últimos meses, parece que sí. Que en estos tiempos de desatado nominalismo, cuando no existe actitud, sentimiento o práctica sin su correspondiente nombre, provoque cierto rechazo en el gremio historiográfico analizar un concepto –sintagma, mito o metáfora política, como se prefiera– de tan largo e intenso uso como el de «tercera España» tiene su explicación. La primera, el hastío que una reflexión secular sobre España, ontológica y esencialista, provocó en varias generaciones intelectuales nacidas al espacio público en los últimos años de la dictadura y los primeros de la democracia. La segunda razón de ese rechazo seguramente radica en la naturaleza instrumental o «vicaria» que ese discurso de la nación ha tenido y sigue teniendo en España, de manera solo parcialmente equiparable a la de otros países. No creo equivocarme al afirmar que ese discurso secularizado de la nación española, aunque no pocas veces asociado todavía a su contenido religioso originario, vinculado con una memoria del pasado reciente y en conflicto con otros nacionalismos subestatales, constituye la verdadera excepcionalidad española, la que mediatiza de manera permanente nuestro debate político.

Todo ello, sin embargo, justifica aún más la necesidad perentoria de abordar la historia del concepto, lo cual no significa asumir la «cosa», su contenido sea este el que sea, como nos enseñó Koselleck, sino su historicidad y su cambiante semántica. Alguna reciente iniciativa pública de intelectuales y políticos en nombre de la «tercera España» provoca más risa que desconcierto, pero no debemos perder de vista que en nombre de esa y otras ideas asociadas, como la «(re)conciliación», está en marcha todo un proyecto político y cultural, que ya ha empezado con la derogación de leyes autonómicas de Memoria Democrática.

Hablar de una «tercera España» es, lógicamente, hacerlo desde un relato de la nación tan asentado como el de las «dos Españas», que cuenta con representaciones y metáforas poéticas o pictóricas integradas en el sentido común de un patriotismo banalizado. El del cainismo es un mitologema tan potente como el palingenésico del esplendor y la decadencia de

los pueblos, y suele aparecer asociado a este. Si las naciones pasan por sucesivas fases es porque actúan factores externos y/o internos «desintegradores» o «disolventes»: el enemigo exterior que invade la patria suele contar con el apoyo de un enemigo interior, un traidor «vendepatrias», del mismo modo que las innovaciones extranjerizantes adoptadas por una parte de la sociedad acaban con las eternas tradiciones que la han conformado a lo largo de la historia (en realidad gracias a otras invasiones e influencias precedentes). El *demos* naturalizado de la nación se alimenta de la negación y exclusión del «otro», aunque sea proclamando la unidad como objetivo supremo.

Este relato alimenta también lecturas ideológicas opuestas, las que explican la historia española en la dicotomía reforma contra reacción, modernidad contra oscurantismo, libertad contra opresión. España no es una excepción: se habló de «dos Francias» desde la polémica dreyfusiana a finales del siglo XIX, de manera parecida a «dos legitimidades» excluyentes en la Italia posterior a 1945, atravesada por la división global de la Guerra Fría. Tampoco es excepcional, ni mucho menos, la tentación «tercerista»: las supuestas terceras vías o fuerzas que se erigen en solución nacional ante la división social, los extremos ideológicos o, como gusta tanto decirse ahora, la «polarización» política.

Desde este enfoque, una guerra civil es el acontecimiento histórico que radicaliza y materializa de manera brutal esas divisiones latentes, no el que las provoca y compacta dos en bandos enfrentados. Como escribió Santos Juliá en su monumental libro *Transición*, no había «dos Españas» secularmente enfrentadas, sino una sociedad compleja y fragmentada que quedó escindida en dos bandos por una guerra y un «vencedor que nunca accedió a ningún tipo de pacto que posibilitara la reconstrucción de una comunidad política con los perdedores». La excepcionalidad española es el resultado de la larga dictadura franquista.

El sintagma de «tercera España» surgió durante la guerra referido al grupo de católicos demócratas que desde París buscó una mediación humanitaria que llevara al armisticio, aunque pronto pasó a representar a las víctimas de ambas violencias entendidas como simétricas – «azul» y «roja»– y las posiciones morales conciliatorias. Por ejemplo, al Manuel Azaña del discurso «paz, piedad y perdón», o a Melchor Rodríguez, el «ángel rojo», uno de los «héroes al revés» porque no hacen lo que se espera de ellos, como los llamó Miguel Delibes en *Las guerras de nuestros antepasados* (1975).

La «tercera España» ha representado también al llamado «exilio del 36» y al liberalismo naufragado en la contienda, al exilio de 1939 y la oposición antifranquista que llamó a la reconciliación nacional de los «hijos de los vencedores y los vencidos» o proclamó el fin de la guerra en la reunión de Múnich en 1962. Incluso al pueblo «llano», intrahistórico que diría Unamuno, como víctima de la política fanática de los extremos, o al imaginario mesocrático de las nuevas clases medias, una «no clase» neutra, aspiracional y sin pasado que tanta fuerza ha tenido en la política y la cultura del tardofranquismo y la Transición.

Este potencial del significante para ampliar su espacio semántico le ha permitido proyectarse hacia el presente hasta convertirse en un lugar utópico: el de una España que pudo ser y no fue, aunque haya predominado una lectura que consideró la Ley de Amnistía de 1977 y, sobre todo, la Constitución de 1978 como triunfo de esa «tercera España» o como reconciliación definitiva de las otras dos, que viene a ser lo mismo. La emergencia del movimiento de la memoria histórica desde mediados de la década de 1990 y las consiguientes polémicas políticas y culturales hasta hoy, por ejemplo, en la literatura en torno a la obra de autores como Andrés Trapiello, Javier Cercas o Antonio Muñoz Molina, ha desmentido esa lectura.

Es evidente que bajo el sintagma de la «tercera España» caben personas, grupos y proyectos muy distintos, que oculta mucho más de lo que explica, al menos historiográficamente, y que se ha convertido a menudo en un atajo intelectual para no abordar en serio cuestiones importantes para el presente. Pero, precisamente por eso, abordar dichas cuestiones pendientes sobre nuestro pasado reciente y su relevancia para ampliar y profundizar en nuestra democracia actual es lo que exige explicar, historizar y contextualizar los conceptos. Un esfuerzo que, huyendo de la pereza intelectual, ha realizado el colega y amigo Alfonso Botti en este importante libro.

Javier Muñoz Soro
Universidad Complutense de Madrid

Madden, Deborah: *Matilde de la Torre. Sex, Socialism and Suffrage in Republican Spain*. Oxford, Legenda, 2022. 188 pp.

En su primera monografía, Deborah Madden nos aproxima al pensamiento de Matilde de la Torre. Profesora, escritora y diputada durante la II República por el partido socialista, De la Torre aún es un personaje que no goza de la popularidad y la atención que otras diputadas socialistas como Margarita Nelken o Victoria Kent han tenido, y es esto mismo lo que hace novedosa esta investigación. De la mano de la historia cultural y los estudios literarios, *Matilde de la Torre. Sex, Socialism and Suffrage in Republican Spain* es un pormenorizado estudio de las obras literarias de Matilde De la Torre a través del cual Deborah Madden abre un nuevo espacio desde el que pensar las complejas relaciones entre el feminismo y la cultura política socialista. Dividida en cuatro capítulos, cada uno de ellos corresponde a una obra o grupo de obras que novelizan momentos claves de cambio político en España; la huelga de 1917, la dictadura de Primo de Rivera, la llegada de la II República y finalmente la Guerra Civil. Madden se lanza así a la búsqueda del pensamiento de De la Torre a través de los personajes que esta crea, no solo para situar a la autora en la historia, sino también para comprender el diálogo que estableció entre los diferentes pensamientos feministas, la cultura política socialista, el poder masculino y la crítica a la política española en su conjunto.

En el primer capítulo, «Jardín de las damas curiosas: Language, Law and Feminisms» la autora analiza la relación personal que De la Torre tiene con el feminismo y la defensa del sufragio femenino. De la Torre vinculó la psique femenina a la emancipación social y política de las mujeres, algo que se encontraba presente en las tendencias más conservadoras de la sociedad; sin embargo, esta concepción se complementaba con unos conceptos de solidaridad y de clase entendidos en términos marxistas que le sirvieron a la diputada socialista para consolidar la idea de un movimiento feminista coherente y para hacer una reevaluación de este en las primeras décadas del siglo XX. Madden pone el acento en complejizar el entendimiento de las relaciones entre la cultura política socialista y el feminismo como un movimiento plural destacando cómo, por ejemplo, dentro del feminismo socialista no todas las mujeres vieron con

buenos ojos la participación de las obreras en la primera guerra mundial o como el papel de las sufragistas inglesas no siempre estuvo mediado por la idea denigrativa del feminismo burgués.

El segundo capítulo, donde se analizan las obras «Don Quijote, rey de España y El Ágora», Madden se centra en la concepción de feminidad de la protagonista y su crítica al sistema político. El concepto de feminidad que manejó De la Torre articuló en buena medida su crítica al sistema político y a sus camaradas. Atravesado por las teorías naturalistas sobre la maternidad, las teorías de la raza y la idea de un matriarcado primitivo que operaba en ciertos sectores del socialismo, defendía la natural simpatía de las mujeres por la maternidad, el cuidado o el pacifismo. Esta idea la llevó a interpretar en clave de género conflictos sociales como la huelga de 1917, pues esta fue concebida por la diputada como un embarazo revolucionario que acabaría con las estructuras arcaicas y masculinizadas de la España de la Restauración. De la Torre también entendió en este sentido femenino la idea de patria, lo que la llevó a criticar las acciones violentas, metafóricamente hablando, que algunos políticos ejercían sobre ella. Estas identificaciones, tal como Madden señala, muestran la intersección entre la política sexual y la estatal de tal modo que el imaginario sexual prueba tener un significado efectivo en la manera de concebir las estructuras y fenómenos sociales (p.70).

En el tercer capítulo de la obra, «El Banquete de Saturno: novela social: Sex, Socialism and Soviet Rusia», se interpreta que la propia experiencia de De la Torre como mujer dentro del partido socialista quedó reflejada en los personajes que la diputada creó en esta obra. Madden afirma que las relaciones entre mujeres y hombres militantes estuvieron marcadas por el limitado reconocimiento a la agencia ideológica de las mujeres, propia de la retórica socialista, y por una visión a través de los ojos masculinos sobre lo que debía de ser una mujer militante. La autora destaca igualmente la relevancia que tuvo la maternidad dentro del discurso feminista socialista de De la Torre, pues entendiendo esta como sacrificada al cuidado y marcada por la reproducción biológica, fue el nexo de unión entre la feminidad, el feminismo y el socialismo para la ella.

En el cuarto y último capítulo «Mares en la sombra: Gender, Collectivity and Trauma», se centra en la Guerra Civil española y cómo afectó a las visiones del *yo* de De la

Torre como socialista, en la relación con sus compañeros de militancia, así como a sus concepciones sobre la feminidad. Madden pone en este capítulo especial atención a las emociones y como el género dio sentido a la expresión emocional y al propio conflicto bélico. La feminidad que construyó De la Torre le permitió expresar sus emociones y reafirmar la norma hegemónica de género, provocando que el uso metafórico de unas emociones *genderizadas* no fueran una mera narración de la memoria personal o colectiva, sino que también implicaron la definición de una forma correcta de ser mujeres.

Con una sólida fundamentación teórica, Deborah Madden ha conseguido indagar en el pensamiento de Matilde de la Torre para complejizar la historia del feminismo y de la feminidad en los años veinte. Ha sido capaz de señalar no solo los elementos afianzadores del discurso de la feminidad hegemónica en el mundo obrero, sino también evidenciar nuevos puntos de divergencia entre los feminismos dentro de la cultura política socialista. Igualmente, la puesta en relación que la autora hace de la cuestión de género, la política y la cuestión nacional conduce a una reflexión profunda sobre la manera en la que el género da sentido a las identidades políticas. Sin duda, esta es una propuesta que muestra el renovado interés por las culturas políticas obreras en la historiografía anglosajona y española por lo que no puede pasar desapercibida a los ojos de las lectoras interesadas.

María Nieves García Pintor

Universidad del País Vasco

Ríos Sierra, Jerónimo: *Historia de los procesos de paz en Colombia (1982-2022). Élite políticas, fuerzas militares, guerrillas y paramilitarismo.* Granada, Comares, 2023. 220 pp.

Algo más de un año después de la publicación del Informe Final «Hay futuro si hay verdad», elaborado por la Comisión de la Verdad de Colombia, ve la luz la presente obra del profesor Jerónimo Ríos Sierra, a la sazón, asesor de la Organización de Estados Iberoamericanos en Colombia durante el proceso de diálogo e implementación del Acuerdo de Paz firmado en el año 2016 por el Gobierno colombiano, encabezado entonces por el presidente Juan Manuel Santos, y las conocidas Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP), lideradas hasta ese momento por Rodrigo Londoño Echeverry. El trabajo, especialmente necesario dada la todavía escasa producción bibliográfica dedicada al análisis y estudio del conflicto colombiano, se marca como objetivo la realización de un recorrido histórico acerca de los distintos procesos e iniciativas de paz que se han dado en el país desde el año 1982. Para ello, recurre a los marcos teóricos de lo que se ha bautizado como estudios para la paz y a su amplio bagaje sobre el terreno, el cual le ha llevado a contar no solo con una perspectiva en primera persona de varios de los sucesos que analiza, sino a ser capaz de recabar testimonios directos de más de 52 personalidades y representantes relevantes de hasta 6 grupos de protagonistas, incluyendo figuras integrantes de los distintos partidos políticos y el Gobierno colombiano; las Fuerzas Militares; FARC-EP y su posterior conversión en el partido político Comunes; el Ejército de Liberación Nacional (ELN); las Autodefensas Unificadas de Colombia; y el Movimiento M-19, en cuyas filas, como es bien sabido, llegó a militar Gustavo Petro, actual presidente del país.

La narración se estructura en torno a ocho capítulos, correspondientes cada uno a las figuras presidenciales que se han sucedido desde el año 1982, momento en el que, con la llegada de Belisario Betancur al poder, se reconoce por primera vez la existencia de causas objetivas y subjetivas que explican la violencia que llevaba afectando al país desde, como mínimo, la década de 1960. La presidencia de Betancur supone también el inicio de un intento de diálogo con grupos como las FARC-EP o el ELN, lo cual implicó elevar el nivel de reconocimiento de los

mismos hasta el punto de cristalizar en la propuesta de un alto al fuego bilateral con los movimientos apuntados, pero también con otros de menor escala. Este esfuerzo por la paz resulta además especialmente llamativo, más si cabe porque quedó acompañado de una posibilidad de amnistía y de una reforma democrática con la que barrer los condicionantes estructurales que daban soporte al conflicto. La irrupción del narcotráfico, el surgimiento del paramilitarismo y la oposición de un sector clave como el Ejército a la negociación, no obstante, provocaron un descarrilamiento de todas las propuestas que quedó certificado con la toma violenta del Palacio de Justicia por parte del M-19 en noviembre de 1985, el recrudecimiento de la violencia y el aniquilamiento por parte del paramilitarismo de Unión Patriótica, plataforma creada por las FARC-EP para facilitar la transición democrática de la lucha.

La llegada de Virgilio Barco al poder en un contexto internacional complejo marcado por el desmoronamiento de la Unión Soviética introdujo algunas modificaciones sustanciales al estilo de su predecesor en lo relativo a los intentos por poner fin a la violencia armada en el país. Quizá, el rasgo más definitorio fuera la concepción de que todo proceso de paz debía estar condicionado a una desmovilización por parte de la guerrilla que estos no estaban dispuestos a asumir. A pesar de ello, Barco dio lugar a la Consejería Presidencial para la Reconciliación, la Normalización y la Rehabilitación, marcando con ello tres elementos decisivos que debían integrarse en todo proceso de paz. Resulta evidente que no se logró acabar con el conflicto, pero sí se produjeron avances importantes que llevaron a la desactivación negociado con el grupo M-19, algo a lo que contribuyó la desnaturalización del conflicto interno a consecuencia del narcotráfico; el auge del paramilitarismo; la desterritorialización de la guerrilla; y el colapso soviético (pp.29-30).

César Gaviria heredaría la complicada tarea de culminar el desarme y reintegración política del M-19, algo que logró completar en un marco de recrudecimiento de los enfrentamientos y en un repunte de los asesinatos que llevaron a la muerte al propio Pablo Escobar. Su desaparición, sin embargo, no sirvió para disminuir el impacto del narcotráfico ni del paramilitarismo, lo cual contribuyó al que el conflicto se mantuviese esencialmente inalterado. La influencia del dinero del narcotráfico en la campaña presidencial, de hecho,

empañaría la convulsa presidencia del sucesor de Gaviria, Ernesto Samper, quien a pesar de todo logró dar pasos importantes que confluyeron en la creación del Alto Comisionado de Paz; y la ratificación de Segundo Protocolo de la Convención de Ginebra, lo cual suponía la entrada de la Cruz Roja y el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Derechos Humanos en el país (p. 55). El fortalecimiento del Estado y la profesionalización del Ejército culminarían una presidencia que, si bien dio pasos importantes en la negociación con el ELN, no lograrían prosperar.

La llegada de Andrés Pastrana a la presidencia se produjo tras una pugna electoral marcada por la necesidad de dar forma a una paz negociada que pusiera fin a la violencia en Colombia. Para ello, se buscó una negociación que no implicaba un alto al fuego previo, pero que sí se inició con gestos relevantes como la desmilitarización por parte del Gobierno de una superficie de 42.000 km². La puesta en marcha del Plan Colombia, alimentado con abundante financiación estadounidense y que debía ser destinada a la lucha contra el narcotráfico, supuso un choque insoslayable con las guerrillas y las organizaciones paramilitares, pues se atacaba directamente a una de sus fuentes principales de financiación. El resultado fue la instrumentalización del proceso de paz por parte de todos los actores implicados, de forma que emplearon la mayoría de los gestos para reforzarse y rearmarse en sus posiciones. El heredero de este enrocamiento fue el presidente Álvaro Uribe, quien continuó el esfuerzo de modernización y profesionalización de las Fuerzas Militares aprovechando la cooperación estadounidense a fin de apostar por una derrota militar de las guerrillas. Aún con todo, se logró alcanzar la paz con las Autodefensas Unificadas de Colombia, el grupo paramilitar más importante del cambio de siglo y que se mantuvo activo hasta el año 2005.

El momento clave llegó con la presidencia de Juan Manuel Santos quien tras un periodo de cuatro años de negociación y con una fuerte influencia internacional, logró dar forma a un primer acuerdo de paz con las FARC-EP- que, como es sabido, fue rechazado en un plebiscito por el pueblo colombiano, lo cual supuso un importante varapalo que obligó a renegociar partes importantes del acuerdo. El Acuerdo final, no obstante, se estructura en torno a seis puntos: La reforma rural integral; la construcción de un marco jurídico que

garantizase la participación política; el Alto al fuego y desarme; la solución al problema de los cultivos ilícitos; un apartado de víctimas en torno al que se estructura lo que se llamó Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición y bajo el que operan la Comisión de la Verdad, una comisión para la búsqueda de desaparecidos y la Jurisdicción Especial para la Paz; y un apartado de implementación con componentes de verificación internacional.

La paz, limitada por el contexto de oposición de amplios sectores de la sociedad colombiana como las propias Fuerzas Militares, el desafío de negociar con el ELN y la proliferación de grupos disidentes nacidos en su mayoría al calor del negocio del narcotráfico y al boicot institucional promovido durante la presidencia de Iván Duque, han provocado que la implementación de los acuerdos se haya retrasado más allá de lo debido, dejando al gobierno de Gustavo Petro con el reto de liderar un futuro lleno de tensiones y contradicciones que determinarán la suerte de todos los esfuerzos realizados por superar décadas de conflicto armado en Colombia. La obra de la que aquí se ha dado cuenta, supone un análisis certero y necesario de los mismos, erigiéndose además como ejemplo y muestra de que la reconciliación no solo es posible, sino que no puede lograrse a costa del silencio de alguna de las partes implicadas. No en vano, son Henry Medina Uribe, Mayor General (r) del Ejército Colombiano y Echevery, ahora Director Nacional del partido político Comunes, quienes, respectivamente, firman el prólogo y epílogo del estudio.

Diego Martínez López

Universidad Francisco de Vitoria

Sánchez Pérez, Francisco: *El Germinal español. Las elecciones que trajeron la Segunda República*. Madrid, Akal, 2023. 504 pp.

En 1973, el periodista libertario Eduardo de Guzmán publicaba en la mítica editorial Tebas un libro con el título *1930. Historia política de un año decisivo*. En él, el entonces periodista del diario *La Tierra* discurre la importancia que tuvo desde su prisma el año 1930, como base para el cambio político que se iba a producir en España en abril de 1931. No deja de ser un documento de primera mano, habida cuenta que Guzmán fue uno de los protagonistas de aquellos años.

Con el paso de los años, la historia que media en 1930 y el decisivo primer tercio de 1931 ha estado sometida, como muchos otros aspectos de la historia de España, a un revisionismo que ha tratado de afirmar que la proclamación de la República fue un acto de fuerza contraviniendo los resultados electorales del 12 de abril, que daban la victoria a los monárquicos. De esa manera se estimaba, que la base de la proclamación de la República no era democrática sino producto de la imposición y la fuerza. Y esta tendencia no solo se ofrece para la coyuntura de 1930-1931. El revisionismo histórico ha sometido a este ejercicio procesos como el Sexenio Democrático y la Primera República (aprovechando el 150 aniversario) y lo lleva haciendo durante lustros con el origen de la Guerra Civil. Una ola que se da también en Europa, donde plantean que la Revolución rusa fue un acontecimiento que cortó la democratización del zarismo o que Marcelo Caetano en Portugal avanzaba hacia un régimen de libertades cuando se topó de bruces con la Revolución de Claveles que lo cortó todo.

Pero todas estas cuestiones quedan fuera de lugar cuando aparecen trabajos sólidos que dejan sin argumentos con investigaciones profundas los *acontecimientos* en cuestión. Es verdad que en la ciencia histórica no hay obras definitivas, pero la que nos presenta el profesor Francisco Sánchez Pérez sí que la podemos considerar como una piedra angular para entender un periodo aún bajo el prisma de los lugares comunes.

El Germinal español. Las elecciones que trajeron la República es una disección desde distintos aspectos de unos meses que precipitaron un movimiento modernizador y

democratizador que se fraguaba en España desde el siglo XIX. Y lo hace con unos argumentos irrefutables, tanto en lo cuantitativo como en lo cualitativo.

Uno de los ejes nodales de la obra es contraponer la modernización de las ciudades a un campo atrasado. Pero Sánchez Pérez no hace este ejercicio para incidir en el secular atraso agrario en España (que también) sino que la fisonomía y actividad de las ciudades, sus cambios demográficos y sus movimientos políticos, sociales y culturales posibilitaron una transformación en las conciencias que casaba mal con un modelo político anquilosado y propio de un pasado involucionista como era la monarquía. En este punto, el profesor Sánchez Pérez llega a hacer afirmaciones que podrían ser incorporadas a cualquier manual de secundaria o universidad. La Edad de Plata de la literatura española, vinculada a la generación del 27, es para el autor, en realidad, una Edad de Oro, dado que coincidieron en una misma época figuras importantes en campos diversos como la literatura, la pintura, la judicatura, la ciencia o cualquiera de las artes y creatividad que se pueda imaginar. Además, el desarrollo de editoriales, periódicos o el avance e irrupción de la mujer de forma definitiva en la vida pública española se produjo en este tiempo. Y todo ello junto son bases del cambio político, social y de mentalidad que se va a operar en España.

El libro nos acerca a la realidad política española de 1930-1931, previa a la proclamación de la República, antes de desgranar como discurrieron las elecciones del 12 de abril, plebiscitarias y que dieron lugar a la República. Desde unos grupos monárquicos que se fueron desintegrando paulatinamente, y mucho más los más apegados a la dictadura primorriverista fracasada, pasando por el republicanismo histórico y el de nuevo cuño, así como el factor determinante del movimiento obrero, representado por socialistas y libertarios. Pero no dejan de ser importantes agentes protagonistas que aparecen en el libro como los estudiantes, cuyo ímpetu modernizador y ganas de cambio fueron fundamentales para entender el desenlace final.

Quizá, en lo que respecta al movimiento obrero, se podría establecer un importante debate con el autor. Sin ser el agente exclusivo que trae la República sí que lo fue determinante y sin su participación la República lo habría tenido algo más difícil.

Lejos de todas estas cuestiones, relacionadas con las culturas políticas del país, el eje central de la obra es considerar a las elecciones del 12 de abril de 1931 como plebiscitarias. Y aquí el autor, frente a aquellos que estiman que la monarquía es la que se alza con la victoria, tiene clara la conclusión: los republicano-socialistas ganaron sin discusión aquellas elecciones. Lo primero porque el eje de análisis son aquellos lugares donde hubo disputa electoral. Y es allí donde se vio la fuerte influencia de los republicanos, que en algunos lugares fueron hegemónicos. Y, en segundo lugar, porque esa batalla se dio, sobre todo, en el ámbito urbano, donde las libertades alcanzadas a nivel social se vieron reflejadas también en el ámbito político. Ciertamente, hubo lugares donde los monárquicos ganaron. Algunos incluso coparon todos los puestos municipales. Pero la pregunta es ¿hubo disputa electoral? Aquí es donde entran los articulados de la ley electoral del momento donde se concedía la totalidad de los concejales a las candidaturas que se presentaban sin oposición. Y en el ámbito rural esto se dio con frecuencia, lo que daba esa victoria a los monárquicos, que gracias a la manipulación y el caciquismo apenas tenían oposición. «*Si no puedes votar o solo puedes votar una cosa es normal ganar*» (pág. 467) dice literalmente Francisco Sánchez Pérez.

Si esto fuese poco, el autor aborda otra cuestión fundamental. Analiza los resultados electorales, a partir de fuentes primarias, provincia por provincia, con las peculiaridades de cada una de ellas. La diversidad del electorado, la influencia de grupos políticos concretos como nacionalistas vascos, nacionalistas catalanes, reformistas en Asturias, tradicionalistas en Navarra, etc. Basándose en estudios locales, que hay muchos y algunos muy buenos, 42 capitales de provincia se decantaron por la República y 8 por los monárquicos (es un resultado incontestable). Además, hay casos curiosos como el de Vitoria o lugares comunes que se han ido adquiriendo a lo largo del tiempo y que el libro rompe definitivamente. Además, en aquellos lugares donde la batalla electoral fue clara entre republicanos y monárquicos, los primeros salieron en una clara mayoría, como triunfadores. Aquí sí podría incidir en un dato en la provincia de Guadalajara. Ciertamente que la provincia (y la capital) fue un feudo de Romanones, pero también es cierto que durante el siglo XIX fue una de las pocas capitales de provincia que llegó a tener un alcalde republicano federal, así como un foco de republicano impermeable como fue Molina de Aragón con Calixto Rodríguez.

El libro, al ser tan minucioso, hace una disección total de las fuerzas políticas. Es de agradecer la clarificación ante de las distintas tendencias del nacionalismo vasco y catalán, siempre tan esquematizados y cuyos análisis, por lo común, están llenos de presentismos.

Un último aspecto voy a destacar de la obra, aunque sea anecdótico. Me ha sido grato saber que un republicano federal histórico como Manuel Cárceles, que había vivido el cantonalismo en 1873, estuvo en actividad política hasta este momento. O el doctor García Viñas, bakuninista de primera hora, que consiguió un acta de concejal socialista independiente en Melilla y que, sin embargo, renunció a ella por no haber estado sometida al sufragio. Una generación interesante con una ética muy interiorizada.

En definitiva, el libro de Francisco Sánchez Pérez, con el título simbólico de los meses de la Revolución francesa como fue Germinal, es una obra que tiene que pasar a estar entre las bases de los estudios de la Segunda República. En este caso en sus orígenes. Porque en este caso sí, la República floreció (cual germinación) y, como concluye el propio autor, a Alfonso XIII se echó. Sí, pero con votos. Y ahí radica el origen claramente democrático de la Segunda República.

Julián Vadillo Muñoz

Universidad Carlos III de Madrid

Costa Pinto, António: *América Latina en la era del fascismo*. Granada, Comares, 2023. 124 pp.

Aunque no sea necesario presentar al autor, ya que es uno de los principales teóricos en la actualidad sobre fascismo y salazarismo, Antonio Costa Pinto, de nacionalidad portuguesa, es investigador de la Universidad de Lisboa, en el Instituto de Ciencias Sociales (ICS). La obra de este sociólogo e historiador portugués, *América Latina en la Era del Fascismo*, es una reciente publicación de la editorial granadina Comares, salida a la luz en 2023, y se trata de un libro que ya había sido publicado anteriormente en dos otras lenguas: en portugués, por una editora universitaria brasileña, EdiPUCRS, con el título *América Latina na Era do Fascismo*; así como en inglés, con la editorial británica, Routledge (*Latin American Dictatorships in the Era of Fascism*). Gracias a la excelente traducción de Ignacio García Pereda (con revisión de Laura Bajo), tenemos ahora la posibilidad de leer en español ese magnífico trabajo. Dicho trabajo es el resultado de una investigación que Costa Pinto ha llevado a cabo durante muchos años sobre el corporativismo, pero en este caso, específicamente, el autor se centra en el subcontinente sudamericano, incluyendo también el caso de Méjico, al comparar los regímenes autoritarios de esta región durante el período entreguerras.

En líneas generales, el libro consiste en el estudio, desde una perspectiva comparativa y transnacional, del corporativismo como alternativa a las democracias liberales y al socialismo soviético —es decir, una «tercera vía» elaborada por sectores conservadores y autoritarios— en América Latina. Costa Pinto propone, a través de un análisis de las transferencias y difusiones, la elaboración de un estudio que busca comprender las razones que llevaron a que el corporativismo se convirtiera en uno de los modelos más influyentes del período de entreguerras. El autor, además, defiende que el corporativismo estuvo en la vanguardia de las dinámicas de difusión transnacional de instituciones autoritarias en las naciones latinoamericanas. De este modo, Costa logra innovar y abrir nuevas líneas de investigación sobre este fenómeno, ya que demuestra que la experiencia histórica con el corporativismo fue mucho más global y atractiva, yendo más allá del suelo del que se puso en práctica —la Italia de Mussolini.

El autor resalta, asimismo, una paradoja muy pertinente sobre la influencia del corporativismo, ya que el mismo llegó a tener peso, incluso, entre sectores democráticos. No se limitó, por tanto, a las dictaduras latinoamericanas, sino que tuvo eco en varias democracias parlamentarias como complemento institucional, siendo el caso más representativo el de Irlanda en su Constitución de 1937. Además, sectores de la izquierda, como los neosocialistas, también se interesaron por el corporativismo como herramienta político-ideológica.

América Latina en la Era del Fascismo está estructurado en trece apartados que, a su vez, están divididos en tres partes. La primera parte, intitulada *Dictaduras e instituciones políticas en la era del fascismo*, aborda dos conceptos claves del corporativismo: el corporativismo social y el político. El primero se puede definir como un sistema de representación de intereses organizados, en los que se encontraban trabajadores y empleadores bajo el control del Estado, conllevando la eliminación de los sindicatos. El segundo, por otra parte, hace referencia a un sistema de representación política de carácter orgánico-estatista que iba más allá de las relaciones entre Estado y grupos sociales, teniendo el objetivo de reemplazar la democracia liberal por un sistema de representación por cámaras legislativas o consultivas.

A continuación, en la segunda parte, *La difusión del corporativismo en América Latina*, el autor explora los principales agentes transnacionales de difusión del corporativismo en América Latina, haciendo hincapié en el rol que desempeñaron los católicos y los intelectuales orgánicos, o, como denomina el propio autor, *intelectual-político*. En este escenario caleidoscópico, las influencias más destacadas en el corporativismo latinoamericano fueron no sólo las del fascismo italiano, sino que también tuvieron importancia las ideas desarrolladas por los gobiernos del dictador español Miguel Primo de Rivera y de Antonio Salazar durante el Estado Novo portugués. Asimismo, es muy relevante la importancia que adquirieron los agentes transnacionales del catolicismo en la difusión del corporativismo, lo que conllevó, en este período, que catolicismo y autoritarismo estuviesen íntimamente conectados. Figuras como de Sebastião Leme en Brasil o de Gustavo Franceschi en Argentina son algunos ejemplos de intelectuales católicos con protagonismo en la arena política de sus respectivos países.

En una tercera parte, *La ola autoritaria de la década de 1930 en América Latina*, que está conformada luego por otros diez subcapítulos, Costa Pinto analiza la institucionalización de regímenes autoritarios latinoamericanos influidos por las ideas corporativas. Tal como el propio autor señala, América Latina formó parte de la oleada autoritaria que redujo, de forma significativa, los regímenes democráticos en el globo terrestre. En la década de 1930, tras la gran depresión, se establecieron en el poder, muchos de ellos a través de golpes de estado, gobernantes autoritarios con características muy variadas. Sin embargo, lo que llama la atención es que uno de los denominadores comunes fue, sin duda, el intento de institucionalización del corporativismo.

En América Latina, los regímenes autoritarios siguieron de cerca los principios contenidos en la Carta del Trabajo italiana (*Carta del Lavoro*), aprobada por Benito Mussolini en 1927, aunque también se inspiraron en los modelos autoritarios de Primo de Rivera y Salazar. Estas ideas, que llegaron desde el otro lado del charco, tuvieron gran repercusión entre las élites latinoamericanas. Entre estos regímenes se encuentra el de Uriburu en Argentina, quien apostó, junto con apoyos de la intelectualidad política, por la implementación de los principios corporativistas; en concreto, reemplazar el congreso por instituciones corporativas. En el país vecino, Uruguay, las ideas corporativistas tuvieron menor calado durante los regímenes híbridos de Gabriel Terra y Alfredo Baldomir, pero diversos intelectuales de derechas defendieron y difundieron el modelo corporativo. Por otra parte, en Chile, el dictador Carlos Ibáñez «coqueteó» con las ideas corporativas, aunque prefirió mantener las fuerzas políticas a través de la representación en partidos; pero con Carlos Dávila en el poder parece ser que este realizó un intento más serio de institucionalizar el corporativismo. Intentos más serios de implementación del corporativismo vemos también en Perú bajo el gobierno de Sánchez Cerro. Tras su asesinato, Benavides y, especialmente, Luis A. Flores (a través de la Unión Revolucionaria) fueron otros de los líderes políticos con clara influencia en el fascismo y en el corporativismo. En Paraguay, de modo semejante, tanto Rafael Franco como Stefanich y Estigarribia buscaron implementar políticas en consonancia con las transformaciones totalitarias y corporativistas del fascismo italiano. En Bolivia, tanto David Toro como Germán Busch concentraron esfuerzos para implementar el corporativismo social.

A continuación, el autor da más atención a los tres últimos casos. El primero es la dictadura de Brasil bajo el mando de Getúlio Vargas. Entre todos los casos estudiados, el del Estado Novo de Vargas (1937-1945) fue el más importante con respecto a la institucionalización del corporativismo en América Latina. Si, por una parte, en la Constitución de 1937 se incluyó el corporativismo político pero no se implementó, por otra, el corporativismo social tuvo un legado duradero. De hecho, desde 1930 el corporativismo fue incorporado en el discurso oficial de Vargas. Los intelectuales-políticos con destaque fueron Oliveira Viana y Francisco Campos, y jugaron un importante papel en la institucionalización del corporativismo. Por otra parte, el mayor movimiento fascista de América Latina, la Acción Integralista Brasileña, incluyó entre sus propuestas el corporativismo, así como diversos intelectuales católicos, tal como Alceu Amoroso Lima. El otro caso paradigmático fue el de Lázaro Cárdenas en Méjico. Este implementó un régimen político difícil de caracterizar, pero que buscó crear un gobierno de experiencia corporativista y autoritaria a través de su partido (PRM), un partido de formato corporativo. Cárdenas, además, hizo hincapié en la incorporación de intereses organizados, especialmente en lo que se refiere al sindicalismo y al campesinado. En resumidas cuentas, Costa Pinto argumenta que las derechas propusieron un modelo alternativo al de Cárdenas, al defender los modelos comunes a otros regímenes autoritarios de Sudamérica, con características organicistas del corporativismo católico-tradicional. Y, por último, el libro cierra con el caso fracasado de Colombia, con Laureano Gómez como presidente del Partido Conservador, gobierno que representó el fin de la ola corporativa del período. Dentro del PC, había una facción fascista, los *Leopardos*, que incluirán en su programa el corporativismo, pero, aunque ejercieran cierta influencia, jamás alcanzaron una hegemonía dentro del partido. Asimismo, el autor destaca la importancia que tuvieron el sector católico y el conservador para la difusión de las ideas corporativistas.

Nos encontramos, por lo tanto, ante un libro de gran calidad, que ya se convirtió en una referencia para investigadores e investigadoras que desean acercarse o profundizar en los estudios sobre el corporativismo latinoamericano en el periodo de entreguerras. Una obra que, además, contribuye con una tendencia consolidada en la historiografía de este período, que son

los estudios transnacionales y comparativos con una mirada que va más allá del continente europeo. Es, sin duda, un libro que merece la pena ser leído.

Gabriela de Lima Grecco
Universidad Complutense de Madrid

Fernández Soldevilla, Gaizka; López Pérez, Juan Francisco: *Allí donde se queman libros. La violencia política contra las librerías (1962-2018)*. Madrid, Tecnos, 2023. 264 pp.

Nada es más cruel que asesinar seres humanos, pero si hay imágenes que ilustran con fuerza sobre la negrura de la violencia política son las relacionadas con los ataques a la cultura. La quema de libros por los nazis en Berlín o el bombardeo de la biblioteca de Sarajevo han quedado en la retina como imágenes icónicas de la barbarie. Ambos episodios se enmarcaron en procesos terribles (el nazismo en el poder, las guerras yugoslavas de los años 90) y constituyeron algunas de las múltiples infamias cometidas por actores que desplegaron un arsenal criminal de dimensiones estremecedoras. El recorrido que *Allí donde se queman libros* plantea hace referencia a ataques contra la cultura en un marco temporal situado desde 1962 a 2018 en España. Si en la primera parte del periodo el protagonismo de esta violencia lo acapara la extrema derecha, en las últimas décadas la práctica desaparición del terrorismo ultraderechista cede la primacía a la violencia de ETA y su entorno, activa hasta 2011.

El grueso de los atentados contra la cultura en los años del tardofranquismo y la transición se produjeron mediante ataques a librerías. Las causas están perfectamente explicadas en este libro: las librerías se convirtieron en refugio de la oposición antifranquista, en tanto que espacios susceptibles de albergar tantos libros que conseguían burlar la censura como encuentros de resistentes que encontraban en estos establecimientos un lugar para reunirse, organizarse o simplemente charlar. Las librerías eran blanco fácil para la furia bibliófoba: por un lado, son espacios públicos, de perfiles evidentes y connotaciones ideológicas inequívocas; el tipo de atentados, muchas veces consistentes en el lanzamiento de artefactos caseros o en la rotura de lunas y escaparates, era sencillo de ejecutar, no requiriendo demasiada organización ni planificación previa. La fijación de los activistas de extrema derecha –con la complicidad, cuando no la colaboración activa, de miembros de los cuerpos policiales– con las librerías respondía a la manera de hacer política de estos grupos; desde el inicio de la transición, efectivamente, se hizo evidente su escasa implantación social, pero no por ello decidieron abandonar su acción encaminada a impedir el final de la dictadura. Los autores no

identifican claramente organizaciones como responsables de los atentados; se trataría más bien de un terrorismo que respondía a acciones apenas planificadas, obra de grupos poco estructurados y que casi siempre se acogían a siglas de conveniencia, como los GCR (Guerrilleros de Cristo Rey). Este terrorismo de extrema derecha responde a las estrategias que los defensores de la dictadura desplegaron durante aquellos años, y el libro lo enmarca de forma precisa: se trataba de amedrentar a los militantes y la gente activa (en este caso librereros y allegados) de izquierdas para limitar su capacidad de actuación en el espacio público. El objetivo igualmente era obstaculizar en la medida de lo posible la evolución hacia la democracia. Por ello, junto a factores más ocasionales, la evolución numérica de los ataques al mundo del libro sigue los avatares de los años convulsos de la transición. Emergen con fuerza en los últimos años del franquismo, alcanzan su máxima expresión numérica entre 1975 y 1978 y a partir de ahí experimentan un notable descenso hasta su práctica desaparición; reflejan, en definitiva, las expectativas de los grupos involucionistas: primero alientan esperanzas de detener el proceso democrático y esbozan una especie de estrategia de la tensión en versión reducida, que llevó a una escalada en el uso de la violencia. Dado que el proceso de democratización avanza hasta desembocar en el referéndum constitucional de diciembre de 1978, y ante la constatación de que un terrorismo «de baja intensidad» como el representado por los ataques a librerías palidece ante la envergadura del terrorismo de ETA o incluso de los GRAPO, la extrema derecha impulsa un salto cualitativo que implica la realización de atentados mortales, considerablemente incrementados entre 1978 y 1980. Posteriormente, ante el fracaso de las acciones terroristas y comprobada la ínfima penetración electoral, dejaría la consecución de sus objetivos en manos del ejército. Una vez fracasada la intentona de Tejero en febrero del 81, la extrema derecha prácticamente desaparece, tanto en su versión legal como en la violenta.

El otro gran responsable del acoso a las librerías y al mundo de la cultura proviene también del nacionalismo radical, pero en este caso del vasco. Reducida a una mínima expresión la contribución de la extrema izquierda a este tipo de terrorismo, ETA se cebó con algunas librerías seleccionadas por su firme decisión de no ceder al chantaje. Fernández Soldevilla y López Pérez detallan el calvario sufrido por la Librería Lagun, de San Sebastián;

atacada por la extrema derecha en las postrimerías del franquismo, pasó a ser objeto de otro terrorismo nacionalista, que atacó a unos librereros de izquierda con particular saña. No siempre los extremos se parecen, pero en este caso resulta difícil no identificar las dos caras del nacionalismo; con las mismas prácticas y los mismos objetivos, por más que cambien el color de las banderas y la patria de referencia. Menos conocida, pero no por ello menos heroica, es la odisea de los dueños de Minicost, librería de Andoáin, igualmente sometida a un acoso prolongado y cruel. Mientras Lagun recibió, bien es verdad que, tras largos años de acoso, un apoyo ciudadano que seguramente fue clave para su supervivencia, Minicost se vio obligada al cierre; en una localidad como Andoáin, plantar cara al terror era mucho más caro.

En definitiva, estamos ante una obra que viene a alumbrar un aspecto conocido en cuanto a sus líneas generales, pero escasamente abordado en los estudios académicos. Opacado por la mayor envergadura, desde todos los puntos de vista, del terrorismo que apuntó a la eliminación de vidas humanas como práctica fundamental (con ETA como principal, aunque no único, protagonista) jugó sin embargo un papel importante en la controvertida en los últimos tiempos transición democrática. Y, sobre todo, Fernández Soldevilla y López Pérez vienen a otorgar un merecido reconocimiento a las víctimas, a esos librereros y personas del mundo de la cultura que sufrieron la violencia política de quienes se negaban a vivir en un país de ciudadanos con plenos derechos y libertades reconocidas.

El libro cuenta con un nutrido apartado de notas que reflejan la diversidad de fuentes utilizadas, y una amplia bibliografía, que repasa no tanto la literatura específica sobre el tema abordado, muy escasa, como las temáticas vinculadas a la extrema derecha, a otros terrorismos, fundamentalmente el de ETA, y a la transición española, esta sí abundantemente documentada.

Francisco Javier Merino Pacheco

Peyrou, Florencia: *La Primera República. Auge y destrucción de una experiencia democrática*. Madrid, Akal, 2023. 376 pp.

El año 2023 se ha cumplido el 150 aniversario de la Primera República Española, proclamada por unas Cortes constituidas en Asamblea Nacional el 11 de febrero de 1873. Las efemérides suelen ser nutridas en conmemoraciones y publicaciones. En esta ocasión, solo hemos tenido de lo segundo, ya que aquella primera experiencia republicana española ha estado huérfana de memoria, sin ser reivindicada, por diversos motivos, algunos de los cuales se han abordado en obras recientes. Como señalaba Gerardo Pisarello en 2022 «una pesada losa cubre la memoria de la Primera República» (cit. p. 355) o la propia Peyrou al decir que «sigue siendo sorprendentemente desconocida» (p. 28). Es más, parece que perviven con insistencia los fantasmas lanzados sobre ella en su época y en la inmediatez posterior, la Restauración, identificándola con el caos y el esperpento, especialmente en lo referido a la Revolución Cantonal, «tiempos de desolación apocalíptica», en palabras del reaccionario Marcelino Menéndez y Pelayo en 1882 (cit. p. 350).

Todo ello, a pesar de una historiografía que ha avanzado en el estudio, investigación e interpretación de aquel episodio. Prueba de ello es la propia trayectoria de Florencia Peyrou, quien comenzó abordando el republicanismo popular de los inicios del reinado de Isabel II, realizó su tesis doctoral sobre los tribunos del pueblo, esto es, la articulación del movimiento republicano durante toda la época isabelina. Ahora, Peyrou nos ofrece *La Primera República. Auge y destrucción de una experiencia democrática* de la mano de la editorial Akal. La obra de esta especialista en el tema, *republicanóloga* decimonónica, era esperada por todos aquellos interesados en comprender todos los procesos que confluyeron en 1873, su grado de utopía y de materialización, sus actores, motivaciones, factores de su final y consecuencias de la misma. Ante todo, se debe señalar que este libro es un gran esfuerzo de síntesis y puesta al día de todas las investigaciones temáticamente parciales y locales, junto con el propio trabajo de investigación e interpretación de la autora. Cuestiones tremendamente necesarias. Quien quiera acercarse a la Primera República, ya sea profesional o mero interesado en la historia, debe leerla.

Si la República llegó por una conjuración de circunstancias, como vino a decir Castelar, este libro no ha llegado tampoco solo. Además de todos los trabajos previos, de Peyrou y los que cita a lo largo de 372 páginas, no se podrá entender sin otros dos. Si federalismo, politización popular, democracia directa y participativa fueron tres de los grandes ejes de la experiencia de 1873, *La Primera República* de Peyrou conforma triada con *La Federal. La Primera República Española*, obra colectiva editada por Manuel Suárez Cortina (Sílex, 2023) y la tremendamente sugerente *Federación o muerte. Los mundos posibles del Cantón de Cartagena (1873)* de Jeanne Moisand (Catarata, 2023). Tres hitos historiográficos imprescindibles que han visto la luz casi simultáneamente.

Si algo queda claro, y se repite, en todo el libro de Peyrou es que el republicanismo del siglo XIX como movimiento de democratización, cuyo objetivo era ampliar la participación ciudadana y la igualdad entre ciudadanos autónomos, que encarnó en el Sexenio Democrático numerosas y heterogéneas esperanzas de unas clases populares que se (re)politizaron, movilizaron, adaptaron las ideas republicanas a sus realidades locales para expresar, reivindicar y realizar reformas sociales, adquirir ventajas materiales y políticas, demandar justicia social, en conjunto con el internacionalismo, cuya separación con el federalismo llegó a ser hartamente difusa para quienes impulsaron y apoyaron los proyectos republicanos desde abajo.

Porque a pesar de que, desde arriba, los tribunales del pueblo divergían en sus proyectos de república, ya fuera una unitaria y de orden, federal legalista, federal inmediata... gran parte de las masas populares se adhirieron al proyecto federal, entendiendo que la república solo podía ser tal, de un partido y no una mera forma de Estado. La Federal, ya fuera la de Pi y Margall en Madrid o la Federación que se estableció en Cartagena, fue, ante todo, un medio de acción política de democracia directa para garantizar derechos fundamentales, realizar ansiadas reformas sociales y estructurar el poder mediante pactos que iban del individuo a lo local, regional y estatal, sin cuestionar la identidad nacional.

Estos proyectos de democratización y, por tanto, de ampliación de la esfera pública conllevaron necesariamente convulsiones, más si era la primera vez que se experimentaba en tales proporciones. A eso se añadieron factores que hicieron naufragar el proyecto republicano,

tanto el federal democrático de 1873 como el autoritario de 1874. La división entre los propios republicanos no ayudó a estabilizar el sistema, el contexto internacional adverso por el fantasma de la Comuna de París de 1871 le fue perjudicial, la crisis hacendística derivada de intentar cumplir promesas de eliminación de impuestos injustos como los consumos a la vez que los propietarios organizados en ligas se organizaban para evitar contribuir, la proliferación de disturbios como consecuencia de realidades de miseria que no podían esperar a vías institucionales, la cada vez más organizada oposición y conspiración alfonsina... y, sobre todo, la fuerza del lobby esclavista cubano con su gran influencia peninsular, junto con la terrible y sangrienta guerra civil carlista rubricaron el fin de la Primera República el 29 de diciembre de 1874, al igual que varias de estos elementos habían provocado la caída de la monarquía de Amadeo I de Saboya a comienzos de 1873.

De todo ello nos habla el libro de Florencia Peyrou, estructurado en cuatro grandes bloques. Tras una introducción, en la que aprovecha para hacer un estado de la cuestión, el primer bloque, quizás el más denso del libro, se centra en presentar cómo el republicanismo español que irrumpe con fuerza a partir de 1868 no había surgido de la nada. La fuerte tradición revolucionaria juntista, la Milicia Nacional y la prensa son puntos que tener en cuenta, espacios y medios en donde fermentaría el republicanismo, el cual se debatirá entre la vía legal y la insurreccional. El segundo bloque aterriza ya en el Sexenio Democrático, explicando la agitación y movilización en el espacio público. El tercer y cuarto bloques se centran ya en la Primera República, siendo los más interesantes de toda la obra. Proyectos constitucionales, labor legislativa parlamentaria, disensiones entre radicales, unitarios, federales benévolo e intransigentes, presiones populares... En la transición de partidos de notables a organizaciones políticas amplias, no se supo gestionar bien la discrepancia, menos en un contexto altamente complejo y complicado. Peyrou también ofrece una panorámica de cómo se vivió el año 1873 en distintos espacios geográficos, recopilando multitud de estudios locales, punto interesante para observar esperanzas anheladas y realidades cumplidas por la República.

El cuarto y último bloque, además de explicar el proyecto cantonal y su ensayo revolucionario, siguiendo la obra de Moissand, lo dedica al aún más olvidado periodo de la

república autoritaria, equiparable a la primera década de la III República Francesa, en la que se quiso un orden republicano centralista, marginando y reprimiendo a los federales e internacionalistas. Con el general Serrano en el poder, se plantean dudas de si se podría haber estabilizado la República como forma de estado, bajo gobierno conservador y una Constitución liberal-democrática de 1869 reformada. En cualquier caso, el pronunciamiento de Martínez Campos en diciembre de 1874 lo abortó. Eso me lleva a una pregunta, que sobrevuela pero que Peyrou no acaba de concretar: ¿aquello fue el último pronunciamiento o el primer golpe de estado? Desde la historiografía aún queda, considero, bastante que reflexionar sobre el año 1874 como un gran punto de inflexión, incluso como cierre de un corto siglo XIX...

En conclusión, *La Primera República. Auge y caída de una experiencia democrática* de Florencia Peyrou es un libro esperado, necesario, convertido en hito historiográfico indiscutible para quien, a partir de ahora, vaya a estudiar ese episodio histórico, así como los procesos que desembocaron en él o fueron consecuencia del mismo. Menos tópicos y más historia, que buena falta hace.

Daniel Aquillué Domínguez

Universidad Isabel I

García Cabrera, Marta: *Bajo las zarpas del león. La persuasión británica en España durante las guerras mundiales*. Madrid, Marcial Pons, 2022.

368 pp.

Afirmaba el filósofo Jacques Ellul que el eje central de la moderna sociedad tecnológica se encuentra en el pensamiento técnico, entendida la técnica en sentido amplio como la necesaria búsqueda de la máxima eficiencia en todos los campos. De este modo, no existe actividad humana libre del imperativo técnico, «desde la acción de afeitarse hasta la organización del desembarco de Normandía y la cremación de millares de deportados». Tampoco uno de los fenómenos que más atrajo la atención de Ellul, la propaganda moderna. A su juicio, ya no era posible definir esta herramienta en clave decimonónica, meramente como el procedimiento de lograr un deliberado cambio de parecer o generar una firme adhesión a una verdad dada. Antes bien, la propaganda busca despertar ciertas creencias latentes en las masas para dirigir su movilización; su objetivo radica, más claramente, en precipitar la acción.

Ningún contexto histórico precedente había tenido la capacidad de sistematización de la propaganda como las dos grandes conflagraciones del siglo XX. Las necesidades bélicas de la guerra total no podían prescindir de un instrumento indispensable en tantos escenarios: desde los frentes a las retaguardias y desde los países beligerantes a las naciones neutrales. Las potencias enfrentadas «diseñaron importantes campañas militares, políticas, económicas y propagandísticas, en las que se recurrió a la estrategia, el espionaje, la información y la diplomacia como destacadas armas de guerra». Fue esta propaganda, que por vez primera «era desplegada de forma racionalizada, estatalizada y globalizada», la que Gran Bretaña hubo de emplear en España, cuya posición geoestratégica y potencial económico-comercial situaron al país como una variable fundamental en ambos conflictos. Entre sus objetivos más destacados se encontraban la colaboración económica, la anulación de la influencia enemiga y el mantenimiento de la condición de neutralidad, buscando para ello la explotación de las pugnas ideológicas internas y el posicionamiento favorable de las instituciones y la población.

Es conocido el amplio debate intelectual que dividió a la sociedad española en aliadófilos y germanófilos durante la Gran Guerra. Se trataba de un enfrentamiento vehiculado tanto por tendencias ideológicas como posturas de mero oportunismo, donde en última instancia se ponía en cuestión el estatus de neutralidad de España en el conflicto. En este contexto, una Gran Bretaña bisoña y escéptica respecto al arma propagandística se vio obligada a realizar una campaña contraofensiva ante el crecimiento de la influencia alemana en el país. Fueron los consulados los que dieron el primer impulso al esfuerzo persuasorio británico hasta la centralización de sus actuaciones bajo la dirección de John Walter. Los instrumentos propagandísticos anticiparían muchos de los elementos que se emplearían durante el siguiente conflicto, como el material fotográfico o las imágenes en movimiento. Así, se buscaba mostrar a la sociedad española las atrocidades, reales o no, cometidas por el enemigo, así como la posición de Gran Bretaña como potencia defensora de las pequeñas naciones y del derecho internacional, y de este modo dirigir la política española hacia una neutralidad alejada de toda influencia germana.

En muy diferente coyuntura se encontraba España en los albores de la Segunda Guerra Mundial, con un brutal conflicto civil de treinta y tres meses recién finalizado del que se derivaba una deuda material y moral con las potencias fascistas que formarían el núcleo de las potencias del Eje. En este sentido, la natural inclinación del Nuevo Estado franquista hacia Alemania se tradujo en la censura de la prensa y un férreo control sobre la propaganda bélica. Ello no impidió que Gran Bretaña pusiera todos sus esfuerzos en mantener sus intereses en España a través de un vasto despliegue de su aparato propagandístico. En su obra, García Cabrera se adentra en las complejidades de las campañas británicas en la Península Ibérica y Marruecos, compuestas por varias fases y en las que se entrecruzaron las actividades del Ministerio de Información y de la embajada de Samuel Hoare con las actuaciones de otros organismos como el Special Operations Executive (SOE) o el Political Warfare Executive (PWE).

Las actividades del agregado de prensa Thomas Burns, supervisor general de la propaganda británica en España –y padre del ensayista Tom Burns Marañón–, lograron un

gran efecto para la causa aliada mediante instrumentos que iban desde los ejemplares impresos y las emisiones radiofónicas a la extensión de falsas historias por medio de rumores. Por esta razón, la embajada alemana hubo de reforzar su campaña a través del Gran Plan (*Große Plan*), un proyecto pergeñado por Eberhard von Stohrer y Hans Lazar para intensificar los esfuerzos propagandísticos del Eje y torpedear las actividades aliadas. Entre los medios predilectos empleados se encontraban materiales en español, difícilmente diferenciables de los escritos falangistas. Pese a todo, los campos de batalla, siempre portadores de la última palabra, inclinaron la balanza del lado de los aliados, cuya propaganda comenzaría a dirigirse desde 1943 a preparar la próxima posguerra.

El libro de Marta García Cabrera, resultado de una investigación doctoral firmemente fundamentada, constituye un estudio que realiza importantes aportaciones a las relaciones entre neutralidad y propaganda. Un trabajo ciertamente ambicioso, dado el objetivo de analizar las similitudes, diferencias, continuidades y particularidades de la propaganda británica en España en contextos desiguales como lo fueron las dos guerras mundiales. Desde la marcada inexperiencia y la descoordinación durante los primeros años de la Primera Guerra Mundial, Gran Bretaña supo adaptar y desarrollar sus mecanismos propagandísticos de cara al desafío que supondría la neutralidad española durante la gran conflagración que daría comienzo en 1939. Ello enlazaría con otros elementos que el Foreign Office emplearía en la Península a tal efecto: la presión diplomática y comercial, las actividades de inteligencia o las operaciones de subversión política.

Gustavo García de Jalón Hierro

Universidad Complutense de Madrid

Louzao Villar, Joseba: *Breve historia de la Iglesia Católica en España*. Madrid, Catarata, 2023. 272 pp.

Relatar con claridad y rigor en unas doscientas cincuenta páginas la larga y compleja historia de la Iglesia Católica en nuestro país es un reto hercúleo que el autor califica inicialmente como «labor imposible». Esquivando cualquier tentación de reduccionismo, se nos advierte así que la España citada en el título se relacionará con «contextos en los que el concepto puede ser discutido». Y, ciertamente, mientras viajamos a través sus páginas, de la Península Ibérica a Roma, pero también a Nicea, Aviñón, Jerusalén, Argel, Trento, las orillas del Atlántico y del océano Pacífico, comprobamos al mismo tiempo cómo el «hecho religioso es un fenómeno elusivo, difícil de medir y cuantificar», entre otras razones porque «la religión siempre se encuentra en constante adaptación y transformación».

La síntesis ordenada y equilibrada de los principales acontecimientos relacionados con la religiosidad –no solo católica– es uno de los valores del libro, pero considero más notable señalar algunas de las claves interpretativas que permiten extraerse de su lectura. La perspectiva política ha dominado el relato historiográfico, también en el ámbito religioso; pero más allá de las versiones oficiales de la propaganda financiada desde el poder y de los relatos que los historiadores hemos construido basándonos en tales fuentes, progresa hoy una historiografía más compleja y atenta a razones más profundas y menos estereotipadas. Como el autor informa, «en la búsqueda de los orígenes siempre nos encontramos con el mito». Frente al relato oficial de la ortodoxia, resulta significativo apreciar que «el hibridismo religioso era lo más habitual, como reconoció Agustín de Hipona». Esta constatación de un padre de la Iglesia Latina puede rastrearse en el libro a través de diversos pasajes que muestran múltiples zonas grises, siempre las más interesantes.

El proyecto de catolicidad mediterránea, atlántica o global, exigió para su éxito de una constante adaptación a cada espacio y cada tiempo: la «folclorización del cristianismo» a través de la cristianización de «divinidades y cultos locales», convertidas en referencias catequéticas de una «pedagogía del santoral»; la tolerancia o la promoción de una mística o una religiosidad

popular, «válvula de escape de las presiones sociales»; la feminización de la religión o de sus fronteras como puede apreciarse en las trayectorias de Egeria o Josefa Amar y Borbón –ambas citadas en el libro–; la experimentación sincrética de las empresas misioneras en América o en Asia. Son vectores primordiales para explicar el progreso del catolicismo, tanto como la ortodoxia por la que velaban férreamente instituciones como la Inquisición o la Congregación de los Beatos encargada de vigilar a los canonizados, popular u oficialmente. La explicación ofrecida en torno a la sociología de las devociones populares como «entramado piramidal que comenzaba con una base que se fundamentaba en lo personal y lo familiar, que se reproducía mediante las congregaciones y las entronizaciones públicas» resulta especialmente relevante.

Por razones geográficas y políticas, la Península Ibérica se convirtió en un espacio primordial para que tales dinámicas entrasen en juego. Isidoro de Sevilla instauró las «líneas maestras de una particular Teología política» que hermanaba trono y altar, pero «la llegada de los musulmanes favorecería la creación de una sociedad plural» que a las conocidas tres religiones sumaría disputas teológicas como las del adopcionismo, en un tiempo en el que «el concepto de la reconquista no fue utilizado entonces por sus protagonistas». La península se convirtió así en un valioso «eslabón cultural entre el mundo islámico y la cristiandad», con experiencias como la Escuela de Traductores de Toledo o la promoción de la vía jacobea. En los siglos siguientes los reinos peninsulares encontrarían en el neoplatonismo, el aristotelismo, el tomismo, el nominalismo, el escotismo, el erasmismo o los maestros de la Escuela de Salamanca, vías de renovación teológica. Sus progresos y sus límites son también testimonio de la época: la emergencia del Derecho de Gentes por Francisco de Vitoria se compagina con la defensa de los indígenas por parte de Las Casas, pero sin objeción alguna a su reemplazo por esclavos negros, en una colonización de América que mostró ante todo una «mezcolanza de inteligencia, codicia y violencia».

Como era previsible, el libro otorga un espacio notable a las relaciones entre la Iglesia y las diversas formas de Estado, especialmente a medida que estos fueron aumentando sus instancias de poder, en competencia con la autoridad pontificia. El tutelaje, la censura y la promoción desde Roma de las diversas congregaciones religiosas emergentes o, ya en la

contemporaneidad, de un asociacionismo seglar coordinado a través de redes transnacionales, permitiría extender la autoridad papal al marco supradiocesano y supraestatal. Frente a ello, la hegemonía de los Estados modernos trató de limitar o controlar al pontífice bajo diversas fórmulas, sin excluir la violencia. Carlos I que, tras haber sufrido en sus reinos una huelga de servicios religiosos, había logrado el patronato regio de todos los territorios de la corona en 1553, no dudaría cuatro años más tarde en saquear Roma y mantener en prisión al papa que le impondría la corona imperial en 1530. El éxito de la reforma protestante impondría una Paz de Augsburgo que reforzaría la idea de un Estado confesional. Como se afirma en el libro, «no hubo una manera única de aplicar las decisiones de Trento», un proceso lento que configuró en la península un modelo de Iglesia triunfante, marcado por una fuerte clericalización, la relación monarca-confesor y un miedo al exterior que, frente al sabio legado de la escuela de traductores toledana, instauraría la «prohibición de traducciones».

Observamos también como la Ilustración, elitista y poliédrica «no fue un movimiento descristianizador»; reivindicó la dignificación y purificación de lo religioso, distinguiéndolo de la superstición, y arropado por la modernización del Estado borbónico legitimado por el nuevo concordato de 1753. La prohibición de los Autos Sacramentales o la primera expulsión de los jesuitas, solo dos años más tarde, se hacían en nombre de un catolicismo ilustrado que cohabitaba con relatos providencialistas como el de la Gran Promesa. Las revoluciones liberales y la emergencia de los Estados nación en el siglo XIX forzaron al catolicismo a «repensar su lugar en el mundo». El renacimiento religioso evidenciado en las nuevas peregrinaciones y la constitución de organizaciones seglares que actuaban en el espacio público fue vigilado o promocionado desde una autoridad papal que reemplazó los perdidos Estados pontificios por una corporación centralizada de dimensiones globales. Los cuadros tradicionalistas no asumirían como propio el concepto de nación española, al menos, hasta la llamada guerra de África (1859), que rememoró el relato de la reconquista. El desastre del 98 radicalizaría la guerra cultural desatada entre los partidarios del clericalismo y anticlericalismo que alcanzaría su cénit durante la guerra civil. Significativamente, convocado el Concilio Vaticano II, la Iglesia esquivaría el término «Reforma», de infausto recuerdo para su legado, por el del «Aggiornamento», permitiendo abrir en la España de la dictadura un nuevo diálogo entre fe

y cultura que, en un emergente proceso de secularización, favorecería la transición a la democracia.

Finalmente, respecto a nuestro presente continuo, el libro realiza dos sugerencias que convendría tener en cuenta: «la identificación como católico no permite sacar conclusiones sobre el comportamiento, la ideología o las normas de conducta unívocas» y «haríamos mal en relacionar sin más un proceso de descatalogización con el de secularización». Superando el desafío inicial, Joseba Louzao regala a los lectores un libro que suma a su carácter divulgativo, el legado de su extenso conocimiento en el ámbito académico. Una excelente propuesta para dar a conocer al público general los progresos observables de nuestra más reciente historiografía.

José Ramón Rodríguez Lago

Universidad de Vigo

Luen López, César; Sánchez Illán, Juan Carlos: *La fuerza de la socialdemocracia. José María Maravall, biografía de un político e intelectual reformista*. Valencia, Tirant Lo Blanch, 2023. 298 pp.

En este ensayo se aborda, a través de la biografía del que ha sido el ministro de Educación más duradero de la democracia española (3 de diciembre de 1982 a 7 julio de 1988), uno de los periodos más reformistas y dinámicos de la España reciente. Se trata de viajar, de la mano del ministro, al núcleo mismo de las reformas del sistema educativo, a todos los niveles, para subrayar, así, el papel de la educación pública como eje de un nuevo modelo socialdemócrata para España. Y es que el ministro de Educación y Ciencia José María Maravall (Madrid, 1940) es el protagonista de una de las etapas más apasionantes y fructíferas de la historia del PSOE: la llamada *década del cambio*. Joven antifranquista en la FUDE y en el Frente de Liberación de Popular (más conocido como el *Felipe*) y colaborador de varias revistas universitarias en los años 60. Por estas actividades, sería expulsado dos veces de la universidad franquista. Maravall ejerció entre 1979 y 1993 como principal ideólogo del partido. También fue uno de los más cercanos consejeros áulicos de Felipe González. Fue calificado por ello como *el primer felipista*. Tampoco se olvidan los autores de señalar su importancia en el diseño de las políticas de comunicación de los primeros ejecutivos socialistas o incluso de los orígenes de su pasión por el fútbol y su acendrado madridismo.

A José María Maravall el linaje liberal y socialista le venía de sus admirados Fernando de los Ríos e Indalecio Prieto. A través de su padre, el eminente historiador de las ideas políticas José Antonio Maravall (1911-1986), le llegaría asimismo el legado orteguiano y europeísta de la generación de 1914. En este sentido, se aborda en este ensayo biográfico, con gran detalle, su formación básicamente francesa, pero de especialización en la sociología británica. Un periplo que le llevará a ser catedrático de Sociología Política desde 1981. Primero estudió en Francia en su adolescencia (1948-1954) y luego en las universidades británicas de Essex, Oxford y Warwick, en su juventud y primera madurez (1969-1978). Así, había podido adquirir un bagaje académico e intelectual difícilmente comparable. Esto le convertiría en una *rara avis* de la política nacional, una persona que defendería a ultranza lo que denominaba su *libertad interior*.

Ya en la esfera pública madrileña y española, cabe destacar sus aportaciones a la renovación ideológica del partido obrero. En primer lugar, fue figura clave en el abandono del marxismo en el congreso de 1979. Es muy interesante, por escasamente conocido hasta ahora, su relevante papel en la asonada del 23 de febrero de 1981, así como en los sucesos políticos de la Transición. En cuanto a su labor ministerial, sobre todo, supuso la puesta en marcha de la ley orgánica del derecho a la educación (LODE). También la modernización del sistema universitario con la ley de reforma (LRU). Se trata de grandes logros. Asimismo, la implementación de ley de ciencia. En muy poco tiempo, relativamente y teniendo en cuenta la estructural escasez de recursos financieros, España se podría incorporar a los modelos pedagógicos y científicos de nuestro entorno europeo.

Desde el otoño de 1988 el biografiado retoma su intensa vida académica en universidades españolas y centros de investigación anglosajones fundamentalmente. Todavía, sin embargo, habría de rendir importantes resultados a su partido, en especial durante las elecciones generales de junio de 1993, como el más cercano asesor de comunicación de Felipe González. Desde fines de los años 80 es considerado uno de los más eximios representantes de los llamados *renovadores* frente al sector *guerrista*. La última parte de la obra se centra en sus extensas e innovadoras aportaciones al campo de la sociología política. Unos trabajos que le han valido el reconocimiento, no solo en España sino a nivel internacional. Maravall, finalmente aparece como una personalidad que, a sus más de ochenta años de vida y de experiencia, sigue colaborando en medios de comunicación social y pronunciándose desde ellos sobre la realidad política española.

En esta elaborada biografía se evidencia, en suma, que si el PSOE fue decisivo en la historia de España durante el último cuarto de siglo XX fue en parte gracias a personalidades como José María Maravall, instruidas, viajadas y a la vez comprometidas con la suerte de su país en un momento de enorme trascendencia. Políticos e intelectuales con experiencia en la lucha antifranquista, visión histórica de los cambios que necesitaba el país y perspectiva europea.

José Vicente García Santamarina
Universidad Carlos III de Madrid

Oviedo Silva, Daniel: *El enemigo a las puertas. Portereros y prácticas acusatorias en Madrid (1936-1945)*. Granada, Comares, 2023. 340 pp.

El estudio de la guerra civil ha recibido una atención dispar por parte de la historiografía en relación con los campos en liza. Tras la muerte del dictador, los trabajos de los investigadores, en su mayoría, se centraron en la retaguardia sublevada y en desmontar el relato, más ficticio que real, elaborado por el franquismo. Sin embargo, el campo republicano adoleció de semejante atención, siendo a partir de los años 2000 cuando volvieron a aparecer investigaciones y trabajos que abordan el estudio de la retaguardia gubernamental. Permitiendo, en algunos casos, la pervivencia del discurso que la propaganda franquista impuso sobre la guerra y sobre sus enemigos. Por lo tanto, aunque conocemos la sucesión de grandes acontecimientos que marcaron el desarrollo de la guerra civil española, todavía queda mucho por hacer e investigar a nivel micro, sobre todo, en el campo republicano. La obra de Daniel Oviedo Silva, *El enemigo a las puertas. Portereros y prácticas acusatorias en Madrid (1936-1945)* nos permite conocer la realidad de múltiples porterías de la capital y las distintas dinámicas que adoptaron los portereros y porteras madrileños. Un trabajo fundamental que reconstruye con gran rigor un aspecto difícil de estudiar cómo fueron las prácticas acusatorias del Madrid en guerra y su relación con los procesos revolucionarios que tuvieron cabida en la capital en el verano-otoño de 1936. Nos encontramos ante un estudio sobre las raíces de la violencia política durante la guerra y la posguerra que, por lo general, ha sido desatendida. Sin embargo, aunque el periodo bélico ocupa una parte significativa de la obra, el autor extiende su estudio hasta mediados de la década de los cuarenta del siglo XX, para conocer y comprender como estas dinámicas acusatorias se modificaron o pervivieron durante la posguerra. Como las autoridades depuraron el cuerpo de portereros o los premiaron por su actitud durante la contienda.

Daniel Oviedo Silva inicia su obra con un recorrido por la historia de las porterías y su oficio desde el reinado de Alfonso XII hasta la posguerra. La Restauración iniciada en 1874 marca el principio de *El enemigo a las puertas. Portereros y prácticas acusatorias en Madrid (1936-1945)*. El libro se divide en tres actos o partes marcadas por un eje cronológico. Las

porterías fueron el umbral entre lo público y lo privado que permitió la obtención de información desde la esfera más íntima y sacarlo a la luz, para beneficio de las autoridades. Una colaboración necesaria para las autoridades que lastraban serias carencias en el proceso de urbanización y modernización de la urbe y, por ello, a través de la legislación, obligatoria. Una realidad que el autor expone con gran brillantez, y que demuestra la colaboración, voluntaria o forzosa, con las autoridades en las prácticas acusatorias y la gestión del control antes de la contienda. Una experiencia que no se muestra como un hecho aislado o acciones individuales, sino como parte de un todo dentro del oficio.

La guerra civil supuso un salto cualitativo en la violencia intracomunitaria, donde los porteros jugaron un papel crucial. El estudio de la profesión durante el conflicto bélico conforma la segunda parte del libro. Como bien expone Daniel Oviedo Silva en *El enemigo a las puertas. Porteros y prácticas acusatorias en Madrid (1936-1945)* los porteros mantuvieron las prácticas acusatorias hacia los nuevos poderes revolucionarios y las autoridades republicanas u optaron por defender los edificios que custodiaban y a sus inquilinos, incluso poniendo en riesgo sus vidas. En palabras del propio autor, «los porteros se convirtieron en uno de los agentes más reconocibles y más recurrentes en la memoria del conflicto de una violencia íntima e intracomunitaria que asoló la capital». En esta segunda parte, Daniel Oviedo Silva se centra en el estudio de un grupo de porteros que colaboraron con la famosa brigada de García Atadell, una brigada inserta dentro de la Dirección General de Seguridad, que funcionó en la práctica como un auténtico «micropoder» revolucionario.

La tercera y última parte de *El enemigo a las puertas. Porteros y prácticas acusatorias en Madrid (1936-1945)* la componen una serie de capítulos relacionados con la profesión durante la posguerra. Finalizado el conflicto, el autor, realiza un recorrido por las porterías de la capital a través de los procesos de depuración y limpieza política llevados a cabo por el franquismo. Los porteros y porteras fueron nuevamente protagonistas de una dicotomía crucial, la de haber sido artífice de denuncias e informes para la detención o ejecución de los vecinos de su edificio –para lo que se creó el Juzgado Especial de Porteros, que Daniel Oviedo Silva estudia en el presente apartado–, o bien, avalistas de las personas que habían sido

detenidas o buscadas por las autoridades republicanas y revolucionarias, siendo garantes de la integridad física de sus vecinos y sus viviendas. Por lo tanto, en este último caso, fueron galardonados por las autoridades. También hay que tener en cuenta que dentro de ese proceso depurador que abrió el franquismo en la profesión, introdujo a numerosos elementos afines a la dictadura, como forma de control y gestión de estos espacios, cruciales para garantizar el orden público y los valores de las nuevas autoridades.

Por lo tanto, nos encontramos ante una obra de gran valor, al sacar del umbral a un colectivo que jugó un papel crucial durante el conflicto y que, posteriormente, padeció las consecuencias del mismo. *El enemigo a las puertas. Porteros y prácticas acusatorias en Madrid (1936-1945)* es un libro fundamental para el estudio y conocimiento de las dinámicas de la violencia intracomunitaria madrileña durante la guerra civil y la posguerra. De las prácticas acusatorias y de los motivos que las suscitaron. El presente libro nos ayuda a conocer mejor toda una serie de interrogantes sobre la capital durante la contienda, que nos ayudarán a comprender mejor nuestro pasado reciente.

Fernando Jiménez Herrera

Universidad Complutense de Madrid

Baltuille Martín, José Manuel; Schnell Quiertant, Pablo; Rubio Pascual, Francisco Javier: *Las construcciones defensivas de la Guerra Civil Española en el Frente de la Sierra (Subsector de Peguerinos-Robledo de Chavela). Su relación con la Geología y el Paisaje. Ávila, Diputación, 2023. 448 pp.*

Dada la enorme complejidad de los elementos que llevaron a un país al enfrentamiento sangriento que supone una guerra civil, las posibilidades de afrontar el estudio de esta época eran prácticamente infinitas. Análisis de tipo histórico, sociológico, político o militar han sido llevados a cabo por distintos autores, tanto nacionales como extranjeros, que han tratado de explicar alguna de las muchas incógnitas que aún quedan pendientes.

En las dos últimas décadas, se empezó a afrontar el estudio de los restos que aún quedaban en pie del conflicto, con el fin de tratar de conocer y preservar un patrimonio que en Europa se valora y se pone en conocimiento de la sociedad. Autores como Ricardo Castellano (2004, 2007), Jacinto Arévalo (2005, 2008) y Domingo Pliego (2009, 2010) fueron los pioneros en recorrer el territorio de la provincia de Madrid y de la sierra de Guadarrama localizando y aflorando esas pequeñas «joyas» de nuestra historia que, en la mayoría de los casos, yacían tapadas por la vegetación o estaban prácticamente arrumbadas y al albur de la total desaparición.

La inclusión de estos restos con itinerarios que faciliten su visita y conocimiento es lo que se denomina «paisajes de guerra» (Severiano Montero, 1987) y cuya mejor expresión es el denominado «Muro Atlántico» de la costa francesa del Mar del Norte.

Pues bien, a pesar del ingente número de publicaciones que existe sobre los sucesos acaecidos en España entre 1936 y 1939, no ha habido una sola que trate de aunar el patrimonio arquitectónico del conflicto con su marco geológico y geomorfológico. Para solucionar ese hueco está el libro que hoy se reseña editado por la Diputación de Ávila.

Los autores del libro, José Manuel Baltuille, Pablo Schnell y Francisco Javier Rubio, cuentan con una amplia experiencia profesional en los campos de la recuperación de restos de la Guerra, la cartografía geológica y geomorfológica y el patrimonio arquitectónico y sus rocas constructivas y reflejan, en las 447 páginas del libro, su trabajo de más de seis años (2016-2022), entre roquedales y jaras, a lo largo de 245 km² de la sierra de Guadarrama, en las provincias de Madrid (términos municipales de Santa María de la Alameda, Robledo de Chavela y Valdemaqueda) y de Ávila (Las Navas y Peguerinos).

En el trabajo se ha empleado una metodología específica, donde se han complementado tanto técnicas geológicas y arqueológicas convencionales junto con la incorporación de nuevas tecnologías de localización espacial y fotogrametría (drones).

En el libro se documentan más de 2.000 obras arquitectónicas defensivas, mayoritariamente de mampostería, que se agrupan en 120 conjuntos defensivos, de ambos bandos, dibujando un frente de guerra continuo de más de 35 km de longitud. Para el estudio de los distintos elementos defensivos localizados se ha definido una tipología con más de 25 categorías.

También se ha elaborado un apartado sobre los antecedentes histórico-militares de la zona, donde se incluye una breve descripción de las diferentes columnas militares que estuvieron operando en la Sierra, junto con una breve biografía de sus líderes.

El capítulo 8 del libro desarrolla el marco geológico regional, donde se definen y revisan las once litologías encontradas, tras el estudio petrológico de 64 muestras representativas de 1,5 a 2 kg. Asimismo, se realiza un análisis litoestratigráfico de los diferentes emplazamientos defensivos estableciendo la proporción de ocupación de elementos defensivos por cada unidad geológica, mediante un índice de correlación definido por primera vez en la bibliografía.

Respecto a la geología estructural se ha procedido al estudio de la orientación de los diferentes conjuntos defensivos, estableciéndose patrones de distribución de diferentes emplazamientos compatibles con distintas fases o etapas de deformación.

En el capítulo 10 se estudia la relación entre el paisaje y la geomorfología, para lo que previamente se analizan las cinco unidades geomorfológicas existentes y sus diez elementos geomorfológicos. Así mismo se realiza un análisis geomorfológico de los diferentes conjuntos defensivos localizados, constatándose un buen aprovechamiento de las características reológicas y morfológicas del terreno por parte de los distintos asentamientos.

Para finalizar, el libro cuenta con una amplia bibliografía actualizada, una excelente cobertura fotográfica y un anexo con una amplia panoplia del armamento ligero empleado en el conflicto, lo que le proporciona un atractivo extra a la lectura.

Creemos que este libro se convertirá en referente, por la cantidad de nuevas aportaciones que proporciona tanto en aspectos puramente tipológicos sobre los diferentes elementos defensivos como en las relaciones que es capaz de establecer entre los conjuntos defensivos (elemento militar) y las características petrológicas, estructurales y morfológicas (elemento del paisaje).

Antonio Alonso Jiménez

Enrique Álvarez Areces

CNIGME-CSIC

Vadillo Muñoz, Julián: *Historia del movimiento libertario español. Del franquismo a la democracia*. Madrid, Catarata, 2023. 272 pp.

En ocasiones, en la producción historiográfica en torno a una determinada cultura política, hay fases de la evolución histórica de la misma que tienden a quedar menos exploradas, ya sea por las dificultades de acceso a la documentación, por la dispersión o la carencia de la misma, o por cualquier otra eventualidad o interpretación. Uno de los ejemplos más paradójicos y evidentes en el seno de nuestra historiografía se da en los estudios sobre el movimiento libertario español, en los que las aproximaciones a la supervivencia de esa cultura política bajo la dictadura franquista y después de ella han tendido a ser muy escasas. La nueva obra de Julián Vadillo Muñoz, *Historia del movimiento libertario español: del franquismo a la democracia*, editada por Catarata y con prólogo de Fernández Hernández Sánchez, viene a corregir esa tendencia historiográfica. El autor, Julián Vadillo, es profesor en la Universidad Carlos III de Madrid y en la enseñanza media; es, además, uno de esos historiadores infatigables cuyas continuadas y numerosas aportaciones vienen enriqueciendo los estudios sobre la historia del movimiento obrero y especialmente del anarquismo. Dentro de su amplia producción, tal vez podamos destacar *Mauro Bajatierra: anarquista y periodista de acción* (2011), *Historia del movimiento obrero en Alcalá de Henares (1868-1939)* (2013) o *Socialismo en el siglo XIX: raíces, origen y desarrollo del laboratorio socialista antiestatal en el siglo XIX* (2017). Con la obra que aquí reseñamos, Julián Vadillo completa además una «trilogía» que vendría precedida por la publicación de los libros *Historia de la CNT: utopía, pragmatismo y revolución* (2019) e *Historia de la FAI: el anarquismo organizado* (2021).

Historia del movimiento libertario español es muy fiel al estilo del que siempre hace gala Vadillo, dominado por su capacidad para transmitir lo complejo de una forma muy clara, didáctica, habilidad de todo buen profesor. Se trata de un libro de síntesis ameno, de redacción envolvente, medidamente estructurado en siete capítulos además de una introducción y un prólogo en el que se reflexiona sucintamente sobre la situación del sindicalismo alternativo libertario en las últimas décadas y hoy. Uno de los aspectos más meritorios del libro, además de su exhaustividad y su claridad, lo constituye la fundamentación documental. Ciertamente, el

autor ha emprendido una ambiciosa inmersión en diferentes archivos nacionales y franceses, no exenta de dificultades, y ha logrado sacar a la luz o ampliar aspectos de gran interés que dotan a la obra de un alto valor historiográfico. Entre los muchos archivos consultados por Julián Vadillo para realizar su investigación se cuentan el de la Fundación Anselmo Lorenzo, el de la Fundación Salvador Seguí, el Archivo Histórico del PCE, los archivos de la Fundación Francisco Largo Caballero, el Archivo Histórico Nacional e incluso los Archives Nationales d'Outre-Mer en Aix-en-Provence (Bouches-du-Rhône, Francia), entre otros. Toda la documentación recogida en esos centros, unida a panfletos, memorias, actas de Congresos de la CNT y otras fuentes primarias, además de las abundantes fuentes secundarias consultadas, confieren al libro una gran solidez.

Como venimos apuntando, el gran objetivo y a la vez mérito del libro de Julián Vadillo es arrojar luz sobre una de las etapas menos exploradas de la historia del movimiento libertario español. Y es que, mientras que existe una bibliografía científica que ha abordado amplia y exhaustivamente la historia de ese movimiento desde la fundación de la Internacional hasta el final de la Guerra Civil, escasos han sido los trabajos que han abordado la posterior evolución de este movimiento durante la larga travesía dictatorial, con excepciones como *La CNT durante el franquismo (1939-1975): clandestinidad y exilio*, de Ángel Herrerín (2004). Aunque no han sido tan escasos los trabajos centrados en el movimiento libertario durante la recuperación de la democracia (ahí tenemos trabajos como los de Héctor A. González Pérez, Vicent Bellver, Pablo César Carmona, Reyes Casado o José Luis García Rúa), el trabajo emprendido por Vadillo es desde luego titánico, al tener que trabajar con fuentes que muchas veces se encuentran muy dispersas o que simplemente desaparecieron afectadas por la clandestinidad.

En la primera parte del libro, tras un capítulo muy acertado de contextualización sobre el franquismo, Vadillo aborda la situación de persecución total que vivió el movimiento libertario español tras el triunfo del bando sublevado y los primeros intentos de reorganización del movimiento libertario, con el establecimiento de diferentes comités nacionales, regionales y locales de la CNT que eran desmantelados por la implacable represión del franquismo. Vadillo

indica que sólo a partir de finales de 1942 y primeramente en la zona de Levante se pudo empezar a reconstituir comités de una manera más estable, y nutridos con la savia de jóvenes procedentes de las Juventudes Libertarias en muchos casos. En cualquier manera, la situación del movimiento libertario que nos dibuja Vadillo es una realidad marcada por la represión, la cárcel, las ejecuciones, la resistencia armada de algunos guerrilleros que en algunos casos se mantendrán hasta la década de 1960, la adaptación puntual de algunos pocos miembros a las estructuras del régimen como la Central Nacional-Sindicalista como medio de supervivencia propia o ajena, y por los debates sobre las estrategias a seguir. En este punto, una de las principales cuestiones que se plantearon fue la de la colaboración con otros grupos antifascistas, siempre excluyendo a los comunistas de línea estalinista; la postura ante esa colaboración fue uno de los elementos de fricción con el movimiento libertario en el exilio.

Este último aspecto es una de las líneas medulares del siguiente capítulo, probablemente uno de los más brillantes de la obra. En él, el autor nos transporta al universo concentracionario en el exilio, a los campos delimitados por alambradas en el sur de Francia pero, también, en el norte de África, en Inglaterra, en el *Reich* alemán e incluso en la Unión Soviética. La supervivencia en esos campos vino seguida por la participación por parte de algunos miembros del mundo anarquista en los combates en la Resistencia Francesa interior y exterior. Con todo, como señalábamos, la principal cuestión estratégica formulada en el seno del movimiento con su reestructuración en el exilio, en primer lugar en México, fue la de la eventual participación en las instituciones republicanas en el exilio y en la batalla diplomática, así como la cooperación con otros grupos. A pesar de aprobarse una alianza sindical con la UGT, la participación de ministros anarquistas en el gobierno republicano anarquista fue un motivo de división entre los libertarios en el exilio.

A lo largo del cuarto capítulo, Vadillo resigue cómo las divisiones intestinas y la pervivencia del franquismo llevó al movimiento libertario a una gran división, como se vio en la Conferencia Intercontinental de 1947, y a una paulatina reducción de la actividad de la CNT en el interior y en el exterior a lo largo de la década de 1950. En esos años también algunos grupos de resistencia apostaron por el tiranicidio como estrategia válida para acabar con el

franquismo, y se sucedieron una serie de intentos de atentado contra Franco que siempre fracasaron o fueron abortados. La pérdida de afiliados y el desánimo en el movimiento libertario por la escisión en el interior y el exterior fue creando un clima de búsqueda de la reunificación de la CNT, primero desde las federaciones locales. En 1960 y 1961 se celebraron los congresos de Limoges, que devolvieron la unidad de la CNT, apostaron por la Alianza Sindical con UGT y el sindicato vasco ELA-STV, y fijaron el organismo de Defensa Interior para acabar con Franco.

En el último capítulo del primer bloque de la obra, Vadillo sintetiza los debates y conflictos en los últimos 15 años de Dictadura. La unidad conseguida en Limoges fue espuria, y las divisiones volvieron a asomar en el Congreso de Montpellier de agosto de 1965, cargado de choques personalistas: entre ellos, sobresalieron las acusaciones contra Germinal Esgleas, Secretario Intercontinental, de bloquear fondos para Defensa Interior. Igualmente, en el marco de crecimiento de CCOO y de un nuevo sindicalismo, también generó zozobra el cincopuntismo, el acercamiento de algunos cenetistas a la CNS franquista, por bien que, como muy acertadamente señala el autor y otros estudiosos como Francisco Gago (2013), esos acercamientos vinieron de personas a título individual y no de la organización. Vadillo apunta que, pese a las divisiones, en los últimos años del franquismo el movimiento libertario fue activo, especialmente apoyando a sus presos, entre los que sobresalió el famoso caso de Puig Antich. En este capítulo de la obra, es de lamentar que no se hayan recogido o profundizado más en aspectos como la brecha generacional en el seno del movimiento, la importancia del Mayo del 68 o las simpatías en el mundo universitario, que fue una importante cantera del anarquismo.

La segunda parte de la obra, más breve, está constituida por dos capítulos: el sexto, que es una síntesis del proceso de la Transición hacia la democracia en España a modo de contextualización, y el séptimo, que resigue la reconstrucción del movimiento anarquista y sus problemas entre 1975 y 1984. Vadillo explica cómo la reconstrucción de la CNT se dio gracias a las estructuras existentes, a un pequeño resurgir editorial y a la confluencia de diferentes grupos autónomos, dispersos geográficamente, como el Grupo Anselmo Lorenzo, Solidaridad

o los GOA. La reorganización de la CNT ya era una realidad esperanzadora en 1976, y es interesante subrayar que el exilio entendió que sólo podía unirse a la organización del interior, lejos de la vieja premisa que el exilio trató de controlar cómo se efectuaba el proceso de reconstrucción. La lectura que hace Vadillo de la fuerza de la CNT durante la Transición es una interpretación muy mesurada, fruto de una evaluación rigurosa de las actividades de la organización en esos años: frente a interpretaciones como la de Antonio Rivera (1999) que hablaban de una CNT a la que se le había pasado su tiempo, Vadillo señala que la CNT se implicó en labores propagandísticas, participó en huelgas, pidió la libertad de presos, criticó a menudo la línea de CCOO e incluso llevó a cabo mítines multitudinarios como el de San Sebastián de los Reyes en marzo de 1977, unas seis semanas antes de la legalización de la organización. La legalización de la CNT estuvo marcada por la oposición a los Pactos de la Moncloa, por el atentado en la sala de fiestas Scala, que fue el enésimo episodio violento del que se culpabilizó malintencionadamente a la CNT, y por la huelga de gasolineras en Barcelona en 1978. A pesar que la CNT tuvo un reverdecimiento en sus manos, las escisiones producidas tras el V Congreso de 1979 y sobre todo tras el Congreso Extraordinario de 1983 en Torrejón de Ardoz, acabaron provocando la escisión de la CNT y un debilitamiento que ha llegado hasta nuestros días, por bien que, como revisa Julián Vadillo en el epílogo, la CNT ha tenido y sigue teniendo un papel destacable en diferentes movilizaciones, sobre todo a raíz de la crisis de 2008 y la crisis de representatividad de los dos grandes sindicatos, UGT y CCOO.

De *Historia del movimiento libertario español* se pueden señalar escasos aspectos negativos, más allá del vuelo ágil sobre algunos aspectos que impone el carácter de síntesis que tiene la obra. De hecho, una exploración pormenorizada de un movimiento como el anarcosindicalista en un período de tiempo tan extenso daría como fruto una obra imperativamente en varios volúmenes, lo cual se aleja de las pretensiones del autor. Con todo, tal vez hubiera sido interesante recuperar con mayor detalle las relaciones conflictivas con el espacio comunista de línea kominterniana durante los primeros años del franquismo, tanto en el interior como en el exilio. De hecho, las tentaciones centrípetas de organizaciones como la UNE controlada por el PCE generaron un amplio rechazo en el espacio anarcosindicalista, e incluso personajes del mundo libertario fueron, sobre todo durante los meses posteriores a la

liberación de París en agosto de 1944, amedrentados e incluso asesinados a modo de presión para la integración en el bloque unitario. Las relaciones con otros espacios políticos y sindicales, en líneas generales, quedan algo desplazadas en la obra en favor de una visión que ha priorizado el desarrollo organizativo y el debate estratégico. También conviene señalar que la espina dorsal del libro la constituye el estudio sobre la CNT, algo que genera el riesgo implícito de asimilar el estudio de los movimientos político-sociales con el estudio de sus organizaciones.

En definitiva, *Historia del movimiento libertario español* se trata de una lectura obligada para reseguir la evolución del movimiento libertario español después de la Guerra Civil, y tiene un especial valor al ayudar a cubrir un largo período de la trayectoria de esa cultura política que era casi ignoto. Es una obra, como se ha dicho, que recoge muy bien la pretensión didáctica con el rigor de una obra que es perfectamente científica. Además, los lectores encontrarán numerosos puntos sobre los que reflexionar, debatir, y sobre los que quizá formular nuevas preguntas.

Alejandro Acosta López

Universidad Carlos III de Madrid

Muñoz Soro, Javier: *Morir lejos de casa. Las cartas de los soldados italianos en la Guerra Civil española*. Madrid, Marcial Pons, 2022. 358 pp.

Desde que John Keegan escribió *A History of Warfare* en 1993, en donde demandaba que en los estudios de la guerra se incorporasen análisis sociales y culturales, se produjo en la historiografía mundial un cambio en la forma de analizar los conflictos armados. Siguieron esta senda, en la misma década, Eric J. Leed con *No Man's Land*, aunque el más influyente haya sido George Mosse y su interpretación sobre la Experiencia de Guerra. Afirmaba que la participación en la Primera Guerra Mundial favoreció el ascenso de los fascismos, pues estos se apoyaron en los excombatientes para llegar al poder. Ha sido una de las tesis más debatidas en los *war studies*.

La producción historiográfica continuó su curso y de manera paralela a los tradicionales trabajos realizados desde la perspectiva de la Historia Militar surgieron otros de la Historia Social, Cultural y Postsocial. En cada escuela historiográfica y en cada país tuvo un reflejo distinto. Las particularidades nacionales obligaron a que los historiadores/as se centrasen en algunos aspectos concretos. En Alemania, el debate sobre la participación de la sociedad alemana en el Holocausto provocó que surgiesen libros de la talla de *Ordinary men* de Christopher Browning en la década de los 90, así como los de Omer Bartov o, más recientemente, los de Sönke Nietzel y Harold Welzer. En Francia, por sus particularidades, tuvieron una mayor presencia los debates sobre el colaboracionismo y la resistencia y tratar de analizar que ha sido ese proceso, si una guerra civil o no, en un debate en el que ha participado Oliver Wieviorka, entre otros. Tuvo un mayor recorrido el análisis de la Primera Guerra Mundial, con Antoine Prost, que, a través del estudio de los excombatientes franceses, puso en duda la interpretación que sobre la Experiencia de Guerra realizó Mosse. Un camino que continuó Frédéric Rousseau o André Loez. A estos autores hay que sumar a referentes actuales como John Horne, Dirk Moses o Robert Gerwarth, que profesionalizaron la metodología de este tipo de estudios.

Sin embargo, como ocurrió con otras corrientes historiográficas, no fue hasta un periodo muy reciente cuando comenzó a desarrollarse en España. Cabe reivindicar que en los trabajos de Gabriel Cardona, Julio Busquets o Fernando Puell había un análisis que iba más allá de lo militar. No obstante, no fue hasta la segunda década del 2000 cuando se produjo un auténtico movimiento historiográfico que cambió la forma de analizar la guerra, principalmente la civil de 1936, pero también otras como las carlistas, las campañas de África o la participación española en la Segunda Guerra Mundial. Con la excepción de los trabajos de Sebastian Balfour o Rosa María de Madariaga (publicados a finales del siglo XX y principios del XXI), esta nueva corriente la encabezan Xosé M. Núñez Seixas (*Camarada invierno*), Javier Rodrigo (*La Guerra Fascista y Comunidades rotas*), James Matthews (*Soldados a la fuerza*), Manuel Santirso, Miguel Alonso (*Fascist Warfare*), David Alegre (*La Batalla de Teruel, Colaboracionistas y Comunidades rotas*), Gonzalo Berger, Alfonso Iglesias, Daniel Aquillué, Germán Ruiz o Aurora Artiaga.

A todos los nombres citados, y a todos/as aquellos/as que olvide (por lo que me excuso) hay que sumar a Javier Muñoz Soro con *Morir lejos de casa. Las cartas de los soldados italianos en la Guerra Civil española* (Madrid: Marcial Pons, 2022). Quiero dar primero una opinión de simple lector, y decir que es un libro que merece la pena leer con independencia del conocimiento histórico que la persona tenga, pues gracias a su prosa fina, elegante y directa, aderezada con las cartas que ha manejado para su estudio, permite desmitificar la idea de la guerra como algo heroico, glorioso y, si me permiten, masculinizado, tal y como aparece en las películas de Hollywood. El lector/a tiene ante sí, un libro ameno y que a medida que avanza la lectura, engancha de una forma curiosa, pues el designio que le depara a sus protagonistas no es el que le gustaría a cualquier persona que se acerque al libro. La manera que tiene de narrar la vida de los italianos que vinieron a luchar a España dentro del *Corpo di Truppe Volontarie*, recuerda las imágenes más duras que, por desgracia, contemplamos a diario en las noticias en Ucrania y Gaza.

Cualquier demócrata podría sentir hasta alegría al comprobar como sintieron miedo, tristeza y ganas de que todo terminase para llegar a casa, al fin y al cabo, no dejaban de formar

parte de quienes ayudaron a Franco a derrotar la democracia republicana. Pero la narración de Javier Muñoz es capaz de que el lector separe la parte humana de la política, un aspecto complejo y digno de admirar. Por eso, este libro debería ser de lectura obligada en tiempos extraños como los que vivimos actualmente. Además, como ya he dicho, es un libro que se devora por su excelente prosa, su correcta estructura y la sutileza de narrar aspectos humanos tan complejos, de una forma tan sencilla.

Estas palabras las digo como lector aficionado a la historia, pero me pidieron que hiciera una reseña como supuesto experto. En este sentido, solo tengo una cosa que decir: ojalá pudiera escribir un libro como este. Tiene muchas virtudes: un conocimiento exhausto de la historiografía sobre la experiencia bélica, es capaz de aportar *empíria* a la teoría y viceversa, la estructura es clara y permite observar la evolución que tuvieron los soldados a través de las fuentes empleadas y, finalmente, el excelente uso de unas fuentes tan ricas como el intercambio epistolar.

El libro comienza con una breve, pero más que acertada reflexión del papel del soldado a raíz del título del libro *Morir lejos de casa*. Con acierto, Javier Rodrigo, en su prólogo, afirma que los combatientes no van a morir, sino a matar y eso en cierta medida se observa a lo largo del libro de Javier Muñoz. A partir de ahí la obra se divide en cuatro capítulos más la introducción y el epílogo. En la introducción realiza un pormenorizado análisis sobre el debate de lo que es la «Cultura de Guerra», qué significado tiene y como se ha teorizado en torno a ella en los últimos años. Allí aparecen muchos de los nombres citados anteriormente, así como quienes emplearon ese concepto en un primer lugar, como Audoin-Rozeau y sus discípulos en la década de los 90.

El último apartado de la introducción sirve de puente al primero del siguiente, en el que se emplea la teorización de Javier Rodrigo (y sus discípulos de la UAB) sobre la Guerra Fascista, desarrollada previamente en su libro con el mismo nombre y, posteriormente (con Miguel Alonso y Alan Kramer) en el libro colectivo *Fascist Warfare*. Como lo definió Javier Rodrigo, y recoge Javier Muñoz, la Guerra Civil no supuso solo un acontecimiento geopolítico sino un momento clave en la constitución del fascismo trasnacional. La guerra y la sangre

derramada en el campo de batalla eran factores que debían tener los «nuevos» hombres surgidos de la palingenesia fascista. De ahí las numerosas cartas que cita en la que los combatientes se muestran como «buenos italianos» por dar su vida, no por Franco, sino por Italia y su idea de ver el mundo. Una teoría interesante que está teniendo su recorrido en autores como David Alegre, Arnau Pasalodos, entre otros.

La secuencialidad del estudio permite analizar esos cambios. En un principio (capítulo 2) se observa como los soldados que han sido enviados a la guerra, a matar, aunque luego muchos murieran, se sentían como elegidos por algo más que por el Duce. Era algo espiritual dentro de la religión política que creó el fascismo. Posteriormente, va explicando cual ha sido el desarrollo de estos combatientes y su opinión sobre las campañas en las que participaron. Permite, y Javier Muñoz lo hace de maravilla, ver la evolución que van teniendo los soldados. Javier Muñoz a través de su narración deja que el lector saque sus análisis y conclusiones, mientras que nos guía por la experiencia vivida por los legionarios. El cambio viene producido por dos aspectos fundamentales, el que señala Javier Rodrigo en su prólogo y el del título del libro: comienzan a matar y a morir, y eso, les afecta como seres humanos.

Javier Muñoz sabe unir los distintos capítulos de manera excepcional. El segundo, que versa más sobre la experiencia en combate, sirve de antesala para ver las consecuencias que tiene en los combatientes italianos. La guerra moderna comienza a afectar en la moral de las mismas personas que venían a hacerse hombre, a luchar contra el comunismo en nombre de Italia y del fascismo. Unas cartas que muestran una serie de emociones humanas que analiza con un rigor, no exento de una emoción comedida, pero necesaria. Por ejemplo, en una carta, un legionario viene a decir que quienes quieren seguir en la guerra es porque no sufren sus consecuencias (p. 237), otra que la idea que tenían cuando abandonaron Italia era distinta a la que se encontraron (p. 238) o quejas por la situación de miseria que vivían (p. 242). Por eso, a partir de ese momento, la censura postal fue más aguda, al fin y al cabo, la participación en la Guerra de España servía de propaganda para el régimen fascista. Por eso, comienzan a aparecer cartas que el autor denomina ejemplares y de propaganda.

En definitiva, una obra que aporta muchas visiones sobre la complejidad de la guerra. Debería leerse junto con el de Javier Rodrigo, *La Guerra Fascista*, para entender la participación italiana en la Guerra Civil española. Un libro necesario, bien escrito, que se inserta en un debate historiográfico transnacional y que traza a la perfección la experiencia de los legionarios enviados a España. Va de la emoción al desánimo al comprobar en sus carnes que era de verdad la guerra. Pero, la experiencia bélica no es uniforme y, por eso, el autor permite ver los matices, las otras formas de entenderlo y vivirlo. Esto debe a la claridad expositiva del libro y a su estructura. Además, se agradece que, en vez de entregar una recopilación de cartas, Javier Muñoz las analice desde su complejidad para mostrarnos la dureza de las contiendas bélicas. Sin duda, uno de los mejores libros de historia de 2022, pero que también sirve para entender la vida y los fenómenos que tenemos por delante.

Francisco J. Leira Castiñeira

Faraldo, José M.: *Rusofobia. Ensayo sobre prejuicios y propaganda.*

Madrid, Catarata, 2023. 128 pp.

Los estereotipos y los prejuicios juegan un papel fundamental en la creación de identidades. Leyendas, mitos y fobias se dan cita a la hora de comprender al país más grande del planeta, la Federación Rusa. Es en este ámbito donde surge la rusofobia, una amplia amalgama de sentimientos hostiles hacia Rusia y sus habitantes que ha cobrado especial relevancia desde los años 2000. Este conjunto de creencias todavía no ha contado con la atención de la investigación histórica, siendo la obra el punto de partida que busca comprender y estudiar una realidad aparente que ha sido exagerada e instrumentalizada dentro de las fronteras del gigante energético eslavo.

El historiador José María Faraldo Jarillo posee amplia experiencia en el estudio de la política y la historia de la Federación Rusa con obras como *El nacionalismo ruso moderno* (2020) o *Sociedad Z: la Rusia de Vladimir Putin* (2022). Pero será en este libro donde Faraldo arroje luz sobre las tinieblas que envuelven a un concepto muy popular en los tiempos actuales, pero sobre el que apenas hay estudios en Europa Occidental. La gran aportación de este trabajo es el análisis histórico del fenómeno de la rusofobia, traspasando los umbrales de las diferentes etapas de la historia para finalmente llevarnos a los tiempos actuales.

El libro podría dividirse en cuatro partes teniendo como punto de partida la cronología: una dedicada a explicar las visiones y las percepciones que surgen a la hora de comprender a Rusia y a los rusos, otra destinada a explicar los orígenes del concepto en la Edad Moderna como los tiempos del Zarato ruso de Iván IV, una tercera que comprende los siglos XIX y XX con gran relevancia del periodo soviético; y por último los tiempos actuales bajo el mandato de Putin y el papel de otros agentes como la iglesia ortodoxa rusa.

Si hay algo que queda claro durante la lectura es la existencia de estereotipos negativos –rusofobia– y positivos –rusofilia– sobre el país eslavo. Una rusofobia que surge en la política internacional a través de mitos como las intrínsecas ansias expansionistas de la Federación sobre otros países. Incluso se habla de la «longue durée» de Rusia, una suerte de idea abstracta que

une periodos tan diversos como el estalinismo y el putinismo a través de fenómenos muy diferenciados, como las deportaciones de los chechenos durante la Segunda Guerra Mundial o los ataques sobre la capital chechena, Grozni, en 1999. Otra de las visiones que se proyectan sobre Rusia es su representación como un oso, una imagen creada desde el exterior que plasmaba la idea de los rusos vinculada al atraso, a la barbarie y al salvajismo, siendo utilizada posteriormente por la Federación para hacer referencia al poder natural y a la fuerza para defender sus límites territoriales.

Estas ideas negativas sobre la nación de los ivanes estarían ligadas a la geopolítica, naciendo durante las campañas de conquista de Iván *Grozny* en las que el Zarato haría su aparición en el concierto internacional. El zar Iván fue un gobernante que asesinó a su propio primogénito, hecho que remarcó la visión exterior de la dureza y brutalidad del soberano, siendo ejemplificada durante la guerra de Livonia. En esta región ocupada por Iván IV se llevó a cabo toda una campaña de propaganda gracias a las crónicas escritas por los intelectuales del territorio, buscando desprestigiar al conquistador ruso. Otro momento trascendental será el siglo de las luces, donde los intelectuales franceses perfilarán un «otro» que será representado por Rusia y la Europa Oriental, un territorio que tendría connotaciones negativas como un atraso en términos de progreso, pero que podría ser solucionado por la mediación de sus gobernantes.

Faraldo apunta también que desde las visiones rusóforas se percibe la existencia de un rechazo a Rusia por considerarla «asiática». Un hecho que también ha estado presente durante las campañas del III Reich en la Europa Oriental, donde su objetivo sería vencer al «comunismo asiático» estando supuestamente liderado por una conspiración judeo-bolchevique que dirigiría como una marioneta al país de los sóviets. Así en el siglo XX el anticomunismo y el antisemitismo de los nazis son las principales fuentes de rusofobia. Pero quisiera detenerme en la primera idea, la del anticomunismo, por ser la que más influencia ha tenido incluso hasta la actualidad. La imagen negativa de lo ruso durante la Guerra Fría es erigida como un elemento ideológico para desacreditar al sistema socialista del poder soviético, antagónico para los Estados Unidos. La pervivencia de la idea de Rusia como un país de

comunistas supera los umbrales de la contemporaneidad y llega hasta nuestros días. Esto supondría un maridaje entre los rusos y el comunismo –sin tener en consideración que la Unión Soviética no solamente estaba poblada por rusos– que ha pervivido incluso después de la Guerra Fría, curiosamente sin enlazar a otras naciones con el marxismo como los tayikos, bielorrusos o georgianos.

El autor concluye con una mirada al presente donde el término ha sido instrumentalizado y exagerado por personalidades y medios de comunicación afines al Kremlin durante los años de presidencia de Putin. Famosos rostros visibles de la vida política rusa como el neoeurasianista Alexander Dugin apelan a la rusofobia para confrontar ideas que son contrarias a sus intereses, e incluso se emiten películas donde se representa una Europa hostil con los ciudadanos rusos. Un caldo de cultivo para «poner la nación a la defensiva y proclamar líneas de unidad e inclusión, al tiempo que se expulsa tanto al enemigo interno como al que pretende criticar el país desde el exterior». Bien es menester resaltar que los sentimientos antirrusos reservarían su importancia a momentos muy específicos durante los últimos tiempos, siendo mucho menor si la comparamos con otras fobias como el antisemitismo. Uno de esos instantes sería la discriminación sufrida en antiguos países soviéticos como Letonia, donde las políticas rusóforas llevada a cabo por su gobierno contra los ciudadanos rusos es una realidad palmaria, aunque bien es cierto que desaparece ante la integración y el aprendizaje del idioma como señala el autor.

Por ende, gracias a la consulta de bibliografía en inglés, alemán y ruso; y el empleo de fuentes primarias de la época, Faraldo sirve en bandeja de plata un concepto desconocido por la historiografía a través del uso de una historia de las ideas en perspectiva transnacional. Una obra con un firme carácter divulgativo que sirve como punto de partida para estudiar el fenómeno de la rusofobia desde otros ángulos como pueden ser los tiempos actuales o las visiones que surgen desde otros continentes como Asia. En definitiva, un libro crucial para entender la naturaleza de la narrativa en política exterior del Kremlin.

Pablo Martínez Sánchez

Universidad Complutense de Madrid

Debates

Hernández Burgos, Claudio; Rina Simón, César (eds.): *El franquismo se fue de fiesta. Ritos festivos y cultura popular durante la dictadura*. Valencia, PUV, 2022. 236 pp.

Carmen Ortiz García

Instituto de Historia - CSIC

En la prestigiosa serie dedicada a estudios monográficos sobre el franquismo de la editorial de la Universidad de Valencia se ha publicado este libro colectivo, que recoge una serie de nueve trabajos sobre celebraciones festivas muy señaladas de la cultura española y su desarrollo durante la dictadura. Los editores son dos expertos historiadores, a los que se deben trabajos originales e influyentes sobre la construcción y la representación de los imaginarios franquistas en torno a la identidad cultural hispánica, la religión católica y la cultura popular (Hernández Burgos, 2011; Rina Simón, 2015; 2020). Aunque las investigaciones de los dos editores se han desarrollado fundamentalmente con materiales y temas centrados en el sur del país, en este libro se presentan estudios monográficos o de caso repartidos prácticamente por toda la geografía nacional (se señala, no obstante, que no era pretensión del libro lograr una representación de tipo regional, p. 21), que también se corresponden con la práctica investigadora de sus diversos autores en torno a fiestas, representaciones sociales y territorios precisos, a los que llevan dedicando sus esfuerzos con anterioridad.

Estamos pues, ante un libro colectivo, en el que cada parte ha sido seleccionada en función de la representatividad o relevancia adquirida por la fiesta o la celebración concreta en cuestión: La Semana Santa, Los Sanfermines, Las Fallas, El Rocío, El Carnaval, pero también incluyendo otras festividades menos emblemáticas, pero igualmente importantes por su extensión y su significación social, como las fiestas patronales locales o las de ámbito provincial

o regional. Los capítulos, aunque presentan materiales y metodologías necesariamente diversas en función de las particularidades del trabajo de cada autor, tienen, no obstante, un formato y unos contenidos homogeneizados convenientemente por los editores para conseguir configurar una obra colectiva, pero unitaria, que pueda leerse como una serie de casos distintos, que, a la vez que nos ilustran con detalle de los desarrollos particulares de cada ritual y representación festiva, al verse reunidos configuran un panorama lo suficientemente amplio y rico como para obtener a partir de él conclusiones de orden general. En este sentido, se aprecia el trabajo de los dos editores en la homogeneización de los distintos capítulos del libro, a pesar de lo cual también pueden señalarse algunos detalles, como la repetición de una misma frase textualmente citada en la misma página (p. 84) o la reiterada cita de referencias bibliográficas básicas a pie de página en cada uno de los capítulos, que podría haberse evitado uniendo toda la bibliografía usada al final del libro.

Además, el sentido y los objetivos de la obra –que constituye, como muchas de los libros colectivos de historia, humanidades y ciencias sociales que se publican actualmente, el resultado de sendos proyectos de investigación obtenidos en convocatorias públicas– quedan perfectamente expuestos y explicitados en el capítulo introductorio escrito por los editores. En la introducción «Investigar el franquismo desde las fiestas populares» (pp. 9-23), Claudio Hernández y César Rina hacen un repaso a los conceptos y las estrategias de abordaje de un tema, como es el de la fiesta popular y su relación con la política, que según aseguran es poco transitado por la historia en nuestro país. En efecto, el asunto de las celebraciones festivas de ámbito popular es un tema tradicionalmente propio de los antropólogos y folkloristas, cuyas herramientas metodológicas propias se han debatido de un modo amplio entre nosotros. En este sentido, es significativo y muy adecuado que el libro se abra con una cita amplia de un trabajo, desafortunadamente denominado «reportaje» (p. 10), a pesar de tratarse de un artículo basado en un trabajo etnográfico de campo profesional, hecho por uno de los mejores antropólogos españoles, Julio Caro Baroja, sobre la celebración de la Semana Santa en Puente Genil en 1950.

Los dos autores manejan apropiadamente los conceptos referentes a la cultura popular, las representaciones simbólicas colectivas, participación comunitaria y actividades públicas y

privadas que se manejan en la definición del fenómeno festivo en general, pero ponen estos conceptos en juego para analizar las cuestiones que les interesan, que son fundamentalmente las que tienen que ver con las prácticas políticas en relación a las fiestas tradicionales y la resignificación o invención de sus actividades y sentidos en función de los objetivos de la dictadura. La adecuación de las prácticas festivas tradicionales y su folklorización en aras de un «regionalismo bien entendido» (p. 16) es, así, un punto central en el abordaje de varios de los capítulos del libro. La relación de los ciclos festivos con la liturgia y el ritual católico es otro de los aspectos interesantes, que además ofrece un buen ámbito para apreciar la evolución del nacional-catolicismo dentro del Estado y las luchas de poder entre las distintas facciones del régimen a partir sobre todo de 1945. La utilización de las fiestas locales y populares como momentos y lugares propicios para conseguir legitimidad política y apoyo social para el franquismo y, a la vez, la necesidad de controlar las actuaciones colectivas públicas es otro elemento de análisis importante. En definitiva, la forma en que se interviene en los espacios locales y ciudadanos para dirigir la actuación y los significados de los eventos festivos va mostrando cómo el régimen se va adaptando y evolucionando, en relación con intereses políticos de todos los estratos del poder, económicos durante el desarrollismo y el boom turístico y, en definitiva, en su intento por mantener en estos cambios su idea única e inmóvil de la nación. La idea del «nacionalismo banal» –a la que Claudio Hernández dedicó ya un trabajo en el libro dedicado a este tema editado por Alejandro Quiroga y Ferrán Archilés en 2018– es uno de los conceptos que atraviesa *El franquismo se fue de fiesta* con múltiples aplicaciones.

Por otro lado, la revisión histórica más amplia que la duración del propio franquismo también muestra de qué manera lo que este hizo fue adaptar los elementos que podían ser más útiles para sus objetivos, dentro de una realidad de cambio y tensiones entre los distintos actores que es la que explica, a la postre, la pervivencia de la fiesta, antes y después de la dictadura.

Además de este capítulo general, el libro está compuesto por otros nueve textos que profundizan en algunas de las celebraciones festivas de mayor relevancia simbólica y adhesión comunitaria, representada en muchas ocasiones por las figuras sagradas que son el motivo de las acciones y el sistema performativo de la fiesta. Los santos y la liturgia católica son en este

sentido fundamentales en el panorama festivo de la cultura popular española; tanto si se trata del santo patrón local o la advocación de la virgen de la localidad, como si la figura sagrada trasciende con mucho la geografía local o se convierte meramente en la figura convocante para una celebración de ámbito internacional. Así, destaca el estudio profundo de los mismos Claudio Hernández y César Rina, «Nacionalización, recatolización y legitimidad sacropopular en la Semana Santa de Andalucía durante la Guerra Civil y la posguerra» (pp. 71-94). Junto a él, hay que señalar el capítulo de José Carlos Mancha Castro dedicado a una de las fiestas clave para el análisis de la relación entre los símbolos religiosos, el poder económico, la distinción social y la resistencia popular en Andalucía: la peregrinación a la ermita de la Virgen del Rocío (pp. 117-142).

Aunque la fecha y el motivo de la fiesta también están determinadas por una figura sagrada, otras fiestas, como las de San Fermín en Pamplona o Las Fallas valencianas, trascienden con mucho el carácter religioso y sus celebraciones se convierten en multitudinarias. Estos dos casos están representados en el libro por dos estudios con perspectivas muy diferentes. La fiesta de las Fallas es abordada por Gil Manuel Hernández Martí, que ha publicado varios estudios sobre ellas (Hernández Martí, 1996; 2002). En este caso (pp. 25-48) aborda las continuas adaptaciones que la fiesta fue sufriendo para acomodarse a lo que el autor ha denominado «totalización festiva» refiriéndose a la fiesta redefinida totalitariamente (p. 32). Para ello recurre a la propia documentación organizativa y la información interna que proporciona también la prensa fallera.

Por su parte, Francisco Javier Capistegui recurre a un enfoque muy diferente en su análisis de la utilización de los Sanfermines durante el franquismo, sobre todo en su segundo periodo, recurriendo a la figura internacional de Ernest Hemingway y mostrando cómo el régimen consigue apropiarse culturalmente no solo de la fiesta, sino de la figura del escritor y el atractivo de su relato para los jóvenes norteamericanos (pp. 49-70). A partir de la idea del nacionalismo banal se muestra la utilización de la figura de un escritor partidario de la República, del patrimonio local, de los toros (y de lo que haga falta, añadiría yo) para conseguir la legitimación del nacionalismo franquista y una imagen suave de la dictadura en el exterior.

Estos mismos elementos aparecen en la base de otro de los capítulos, dedicado a la labor de la Sección Femenina de Falange en la recreación, manipulación y promoción de las muestras de folklore locales y regionales; en este caso centrado en Málaga y sus famosos «verdiales» y que es el único del libro que está firmado por una historiadora, Lucía Prieto Borrego de la Universidad de Málaga (pp. 143-167). Uno de los aspectos fundamentales en los análisis de los distintos autores que contribuyen en este libro es la utilización por parte del régimen del folklore y la cultura popular, no solo para conseguir legitimación política, sino también y fundamentalmente para conformar las identidades regionales, provinciales y locales, y sus expresiones idiosincráticas, en una idea esencial, centralista, cristiana y hasta lo posible inmutable de la hispanidad y la nación española. En este afán, no solo se crearon, como se expone en la labor encomendada a la Sección Femenina de Falange, eventos, performances y acciones institucionales de ámbito nacional, sino que se crearon y recrearon fiestas y celebraciones en las cuales la representación de las características propias regionales y/o locales ocupaba el lugar central. El inicio y evolución durante el franquismo de una de estas fiestas, El día de Asturias en Gijón, es el objeto del capítulo firmado por Enrique Antuña Gancedo (pp. 169-189), que nos muestra cómo la celebración fue derivando desde sus orígenes como una muestra regionalista, a su progresiva turistización y su posterior conversión en un producto folklorizado para uso foráneo.

Si ha habido una fiesta temida y reprimida por el franquismo, ha sido el Carnaval, debido a sus esenciales condiciones de subversión del orden social establecido y su capacidad para proporcionar un ámbito de participación crítica. El carnaval fue ya prohibido por los sublevados en 1937 y, a partir de 1940, esta prohibición se mantuvo durante el franquismo. No obstante, como nos expone Santiago Moreno Tello –experto en el carnaval de Cádiz (Moreno, 2015) (pp. 211-236)– la fiesta y sus corrosivas coplas de crítica de la actualidad se las apañaron para sobrevivir, aunque con nombres y actores diversos, durante todo este tiempo. Si bien es verdad que el control gubernativo ejercido sobre las coplas, sus autores y las comparsas convirtió a la denominada «Fiesta de los Coros» en una celebración muy distinta a una fiesta popular libre y espontánea y en un espectáculo edulcorado y controlado por la censura, precisamente la antítesis del espíritu carnavalesco.

Si el carnaval sirvió, en Cádiz y en otros muchos lugares, como un espacio de resistencia, refugio y contestación al sistema de la dictadura, otras fiestas locales patronales cumplieron también esta función en sus poblaciones; y así, la fiesta del pueblo se convertía cíclicamente casi en el único ámbito donde intentar una forma más libre de comportarse individual y colectivamente. Los continuos esfuerzos políticos por controlar los discursos y las actividades de las fiestas mayores de los pueblos en un territorio tan sensible como Cataluña, donde la cultura y la identidad nacional estaban arraigadas y establecidas popularmente, es el objeto del estudio de Jordi Carrillo Caro (pp. 95-115), en el que se aprecian, por un lado, los esfuerzos del régimen por reinventar las fiestas mayores catalanas y, en paralelo, la manera en que muchas de sus actividades, como el baile de la sardana o los *castells* permanecieron y, sobre todo a partir de 1945, se pudo gozar de una cierta relajación de su control. Por su parte, el pormenorizado trabajo de Antoni Vives Rivera sobre la celebración de la fiesta de Sant Antoni en Artá (Mallorca) (pp. 191-210) durante todo el franquismo hasta llegar a la Transición ejemplifica claramente las formas de resistencia de la población local a la instrumentalización franquista de la fiesta y los distintos intereses de los actores intervinientes en ella.

En definitiva, podríamos concluir que unir en un mismo rubro franquismo y fiesta no puede ser considerado más que como un oxímoron poco sensato. El franquismo fue todo lo contrario a una fiesta y los que tenemos memoria vivida de la dictadura podemos legítimamente recordar que nuestras fiestas de pueblo infantiles o juveniles se resumían en procesiones religioso-políticas insufribles, por una parte, y los coches de choque y los puestos de vino dulce con barquillo que se instalaban en la feria, por otro.

No obstante, en el libro que han recopilado Claudio Hernández y César Rina encontramos muchos más matices para esta realidad y explicaciones profundas para ella. Vemos además que la capacidad de resistencia y oposición al régimen se mantuvo viva en el espacio festivo, lo que en buena medida ayuda a comprender de qué manera espectacular las fiestas – todo tipo de fiestas– de convirtieron tras el final del régimen en una explosión de expresiones colectivas democráticas en el espacio público a lo largo y ancho del país. Esto un hubiera sido posible sin el mantenimiento de algunos ámbitos de resistencia durante el tardofranquismo. La fiesta popular en realidad logró sobrevivir y finalmente venció a las prohibiciones y las

cortapisas del régimen. Así, no deja de regocijarse al ver aparecer a lo largo de las páginas del libro las contradicciones y tensiones generadas por los intentos de su control político, y, así, encontrar a jóvenes universitarios norteamericanos en la Pamplona de 1953 a la busca de aventuras fuertes, o a la mujer de Hemingway confraternizando con Fraga en 1968 (pp. 55, 65). Aunque la presencia política podía llegar a que en los fuegos artificiales de la fiesta mayor se viera en el cielo el «Viva Franco» en rojo y amarillo (p. 104), la gente iba a otra cosa, de lo que se quejaban los nacional-católicos: «Una hora de devoción al día, cansa... estando sentados. ¡Y once o doce horas de bailar... como se baila, con calor y jadeando... divierte! Señores...el mundo se ha vuelto loco» (p. 105).

El problema del control de los símbolos sagrados y las actitudes profanas durante los actos rituales proporciona, por este lado, imágenes muy representativas del control dictatorial, como la de los Reyes Magos de Oriente durante su cabalgata por Gijón en 1938 cantando el «Cara al sol» frente al local de Falange (p. 175). La romería de El Rocío es uno de los ejemplos paradigmáticos en esta tensión por la propiedad de las figuras sagradas y su legítimo uso. Así, la aparición de la hija de Franco en 1946 o de muchas otras figuras emblemáticas de la dictadura en la romería, o el bombardeo de la Blanca Paloma con claveles durante su procesión por avionetas del ejército en 1953, debió convivir con la presencia masiva de los jóvenes hombres rocieros que eran los que se apropiaban materialmente de la imagen. En palabras del escritor inglés radicado en Granada, Gerald Brenan, romero también en 1958: «La veíamos [a la virgen] tambalearse y dar vueltas por las calles. Nuestra Señora del «*Rock and Roll*», se movía a empujones de un lado a otro, cayéndose y levantándose [...] nunca me olvidaré del Rocío mientras viva» (p. 140).

De la observación que Julio Caro y su colega norteamericano George M. Foster hicieron del desarrollo de la famosa procesión de las «figuras» del Antiguo y Nuevo Testamento en la Semana Santa de Puente Genil (Córdoba) en 1950, el antropólogo español publicó el artículo, que él mismo califica como «plúmbeo» y que es el que se cita en el comienzo de *El franquismo se fue de fiesta*, pero, como reconoce en sus memorias: «me dejé en el tintero las observaciones más tremendas». Entre ellas, describe la aparición, como primera de las «figuras» bíblicas que desfilaban el miércoles santo, de «Adán y Eva: dos labradores viejos, metidos en

carnes y vestidos con unas mallas que simulaban la desnudez original. Su actuación era un poco bufa, porque el que hacía de Adán fingía tener celos y el que representaba a Eva se dedicaba a los timos y flirteos cómicos, de suerte que Adán decía y repetía: ‘Eva, Eva, que me estás resultando un poco p...’» (Caro Baroja, 1978: 444). Pues eso...

Referencias bibliográficas

- Caro Baroja, Julio. 1957. «Semana Santa en Puente Genil (1950)». *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, XIII: 24-50.
- Caro Baroja, Julio. 1978. *Los Baroja (memorias familiares)*. Madrid: Taurus (2ª ed.).
- Hernández Burgos, Claudio. 2011. *Granada Azul. La construcción de la «Cultura de la Victoria» en el primer franquismo*. Granada: Comares.
- Hernández Burgos, Claudio. 2018. «Franquismo suave. El nacionalismo banal en España». Alejandro Quiroga y Ferrán Archilés (eds.), *Ondear la nación. Nacionalismo banal en España*. Granada Comares: 137-157.
- Hernández Martí, Gil-Manuel. 1996. *Falles i franquisme a València*. Catarroja-Burjasot: Afers.
- Hernández Martí, Gil-Manuel. 2002. *La festa reinventada: calendari, política i ideologia en la València franquista*. València: Universitat de València.
- Moreno Tello, Santiago. 2015. *El Carnaval silenciado. Golpe de Estado, guerra, dictadura y represión al febrero gaditano (1936-1945)*. Tesis Doctoral, Universidad de Cádiz.
- Rina Simón, César. 2015. *Los imaginarios franquistas y la religiosidad popular*. Badajoz: Diputación de Badajoz.
- Rina Simón, César. 2020. *El mito de la tierra de María Santísima. Religiosidad popular, espectáculo e identidad*. Sevilla: Centro de Estudios Andaluces.

Entrevistas

«Las culturas políticas católicas fueron de todo menos homogéneas»

Entrevista con Alejandro Camino Rodríguez

Alejandro Camino Rodríguez es graduado en Historia (2015) y doctor en Historia Contemporánea por la Universidad Autónoma de Madrid (2022). Su trayectoria investigadora se centra en el estudio del pensamiento de las mujeres católicas y conservadoras españolas más destacadas de la primera mitad del siglo XX, prestando especial atención a sus planteamientos de género. Sobre este tema ha publicado artículos tanto en revistas nacionales como internacionales, entre los que destacan sus trabajos en *Ayer*, *Historia Contemporánea*, *Hispania Sacra* o *Arenal*. Asimismo, ha participado en múltiples congresos y seminarios internacionales y ha realizado dos estancias de investigación en la Univerzita Karlova (República Checa). En esta entrevista le planteamos una serie de cuestiones acerca de su reciente obra *Defensoras de Dios y de las mujeres. Las activistas católicas en España (1900-1936)*, resultado de su tesis doctoral, defendida bajo el título de *Católicas, activistas y patriotas: una prosopografía de las mujeres politizadas de derechas entre 1900-1950*.

En *Defensoras de Dios y de las mujeres. Las activistas católicas en España (1900-1936)* presentas el desarrollo político de las mujeres católicas conservadoras durante el primer tercio del siglo XX a través de las trayectorias de nueve activistas. ¿Por qué ellas? ¿Qué nos permiten conocer del desarrollo político femenino en las derechas?

Las nueve activistas católicas españolas que vertebran el libro tuvieron muchas cosas en común, especialmente porque compartían las mismas identidades. En concreto, eran y se pensaban a sí

mismas como mujeres, como católicas, como españolas y como personas cultas, aunque no siempre en este orden. Sin embargo, cada una de ellas tenían rasgos particulares que las diferenciaban de las otras ocho, pues las culturas políticas católicas fueron de todo menos homogéneas. Al plantear la investigación consideré que solo a través de un pequeño grupo de mujeres de especial trascendencia en la época, y que hubiesen desarrollado ampliamente por escrito su pensamiento, era posible tratar de indagar en las semejanzas, y a su vez en las diferencias, que había dentro del heterogéneo grupo de mujeres católicas y conservadoras.

En lo que respecta a la segunda parte de la pregunta, las nueve mujeres que protagonizan el libro nos permiten conocer el desarrollo político de las mujeres católicas y conservadoras en España de primera mano. El motivo es que la mayoría de ellas participaron muy activamente en política, ya fuese en primera persona, al ser elegidas para ocupar escaños en diversas instituciones políticas, o de forma «indirecta», al tratar de movilizar al conjunto de españolas mediante sus artículos en prensa o sus conferencias.

¿Cómo ha sido el trabajo con las fuentes para poder comprender el pensamiento y trayectoria de estas mujeres? ¿Cuáles dirías que han sido determinantes?

El trabajo con las fuentes ha sido complicado, como suele ocurrir con cualquier investigación que pretende abordar el pasado desde una perspectiva de género y/o de la historia de las mujeres. Además, este libro surge de mi tesis doctoral, que fue un estudio más amplio para el cual reconstruí la vida de las nueve protagonistas, no solo desde el punto de vista de su pensamiento, sino también de su propia trayectoria vital. Esto se debe a que partí de la premisa de que, para poder comprender por qué pensaban lo que pensaban cada una de estas mujeres en cada momento determinado, era fundamental saber cuál era su situación personal y cómo esta pudo influir en sus ideas. Para reconstruir sus vidas fue necesario realizar un exhaustivo trabajo por múltiples archivos de la geografía española. Por motivos de espacio, por coherencia argumental y, sobre todo, por no aburrir a los/as lectores/as, los aspectos de la trayectoria vital de estas mujeres han quedado muy difuminados en el libro, aunque considero que se aprecia que es algo que se tiene muy en cuenta en el análisis en todo momento.

Para conocer con la mayor profundidad posible el pensamiento de las nueve protagonistas de la obra, las fuentes determinantes, como es lógico, han sido aquellas que permiten analizar de primera mano sus ideas; es decir, los libros y novelas que escribieron, sus artículos periodísticos, las conferencias que impartieron y que fueron transcritas de forma íntegra por su relevancia, etc.

En el activismo de estas mujeres se entrecruzan distintas identidades —mujeres, católicas, conservadoras, españolas, etc.— que condicionaron su relación con el feminismo de principios de siglo. ¿Podríamos llamarlas feministas? ¿Se percibían ellas como tal?

Siguiendo la propuesta de Inmaculada Blasco, mi investigación, más que centrarse en evaluar si las católicas y sus movimientos fueron feministas o no, lo cual se limitaría solo a la polémica de ampliar o restringir la definición del feminismo, ha tratado de comprender qué entendieron estas mujeres por feminismo, por qué sintieron la necesidad de emplear ese término, cuáles fueron sus reclamaciones y cómo las formularon. En cualquier caso, para dar una respuesta directa que satisfaga la curiosidad de los/as lectores/as, en mi opinión sí que podemos y debemos definir las como feministas. Los motivos son dos.

Por un lado, ellas intentaron conciliar el feminismo y el catolicismo y se consideraron a sí mismas como feministas, frecuentemente incluyendo la muletilla de católicas, razonables o sanas, y fueron identificadas como tales por sus contemporáneos. El análisis histórico de este hecho, eso sí, no está exento de problemas debido a que el término feminismo no significaba (como no significa en la actualidad) lo mismo para todo el mundo. Por ejemplo, para muchos contemporáneos una persona era feminista en tanto que abordase problemáticas de las mujeres en la esfera pública y política. El contenido específico de sus propuestas muchas veces no era lo más importante para que una mujer católica o conservadora fuese definida e identificada como tal.

Por otro lado, ellas significaron como negativa la desigualdad que sufrían las mujeres y buscaron encontrar posibles soluciones. Como ocurrió con otros sectores feministas, las activistas católicas españolas comenzaron a definirse como feministas en un número considerable cuando empezaron a entender la desigualdad que sufrían con respecto a los hombres como injusta y perjudicial para las mujeres y como algo que no era natural. Entonces, al conceptualizar que la desigualdad no era natural, consideraban que estaba justificado el intentar transformar esta realidad, aunque sin perder de vista la doctrina católica y sus límites. Cuando las activistas católicas asimilaron esta noción, acabaron desarrollando una propuesta feminista y de ciudadanía social y política cada vez más profunda. El planteamiento era coherente con el catolicismo, pero buscaba redefinir el ideal de género católico en España, ya que legitimaba las reivindicaciones de derechos políticos y de reforma de la legislación civil y laboral en un sentido favorable para las mujeres.

¿Cómo se reivindicaron los derechos políticos de las mujeres desde el activismo católico femenino?

El pensamiento de las activistas católicas españolas del primer tercio del siglo XX estuvo basado en definiciones de feminidad y de masculinidad que exaltaban la diferencia sexual. Es decir, defendían que existían una serie de características y funciones específicas de hombres o de mujeres, las cuales simplemente reconocían una serie de diferencias naturales creadas por Dios y que, al menos sobre el papel, tenían un valor similar.

Las activistas católicas aprovecharon la hegemonía que estas ideas de la diferencia y la complementariedad tenían en sus culturas políticas para reivindicar una serie de derechos políticos fundamentales, como el voto o el poder ser electas para las instituciones políticas. Para reclamar el voto, sobre todo utilizaron la idea, tan extendida en la época (y que ellas creían de verdad), de que las mujeres, por sus virtudes naturales, eran más religiosas y conservadoras que los hombres y, por tanto, en los procesos electorales beneficiarían a los partidos católicos. Aunque es cierto que algunas activistas católicas, en clara minoría, consideraron que el voto era un derecho ciudadano que debía ser reconocido a las mujeres sin pensar en posibles

beneficios electorales para las derechas y que así debería reivindicarse. Para reivindicar el derecho de las mujeres a ser elegidas, las activistas católicas también utilizaron los argumentos de la diferencia y la complementariedad. Aseguraron que, por las cualidades específicas que poseían, estaban mejor dotadas que los varones para desempeñar una serie de funciones en las instituciones políticas, como las cuestiones relativas a la caridad, a la beneficencia o a la sanidad.

¿Y en el ámbito laboral? ¿Bajo qué discursos y premisas se crearon los sindicatos católicos de mujeres? ¿Cuáles fueron sus prácticas sindicales para mejorar la situación laboral de las obreras?

Los sindicatos católicos femeninos se crearon por tres motivos. Por un lado, para evitar que las obreras se afiliasen a sindicatos de izquierdas. Por otro lado, porque las activistas católicas genuinamente creían en la necesidad de que se consiguiesen mejoras laborales para las mujeres obreras, quienes en el primer tercio del siglo XX vivían en una situación muy precaria. Por ejemplo, reivindicaron constantemente la igualdad salarial entre hombres y mujeres por el mismo trabajo, así como el derecho de las mujeres casadas a administrar su salario. Por último, por el convencimiento de estas activistas acerca de que los sindicatos eran herramientas necesarias para que los patronos, que explotaban (utilizaban el concepto explotación) a las obreras aprovechándose de su desesperada situación, pusiesen en práctica la legislación que protegía a las trabajadoras.

En mi opinión, lo más destacable de estos planteamientos es que, a través de ellos, y de su consiguiente actividad sindical, parte de las activistas católicas del primer tercio del siglo XX acabaron por cuestionar las actividades clásicas de caridad tradicional, al considerarlas por sí solas como poco justas e ineficaces. Es decir, empezaron a interpretar que la caridad era algo paliativo, pero insuficiente para solucionar problemas estructurales de una sociedad, como es el caso de la pobreza. Por tanto, plantearon que la caridad no solucionaba nada, salvo que esta fuese acompañada de otras medidas encaminadas a la transformación social, como el que se retribuyese con salarios dignos a todas las obreras y a todos los obreros.

Las sindicalistas católicas concibieron, por tanto, que era necesario acabar con la situación de explotación que vivían las obreras. El principal elemento que, para ellas, evitaba u obstaculizaba que se pudiese fin estos problemas era que muy poca gente con capacidad de decisión o influencia era consciente de su precaria situación. Para tratar de afrontar esta cuestión, pusieron en marcha varias estrategias. Por un lado, las activistas católicas se esforzaron en difundir todo lo posible las pésimas condiciones laborales que sufrían las obreras, tratando de retratarlas con toda su crudeza para que sus lectores tomaran conciencia de la realidad. En sus artículos en prensa, en sus conferencias e incluso en sus novelas, las sindicalistas católicas relataron y detallaron minuciosamente las largas jornadas de trabajo, el escaso descanso, el bajo salario, la mala postura que sostenían durante tantas horas, los dolores que sufrían, la escasez de luz, la falta de higiene o los peligros que contra la moral y la salud acechaban en los entornos laborales.

Por otro lado, las sindicalistas católicas estaban convencidas de que los patronos tenían la capacidad de engañar o de «engañar» a los inspectores de trabajo, por lo que estos ignoraban (o hacían la vista gorda) las verdaderas condiciones de trabajo de las obreras. Para combatir esta situación, y asegurarse de que los patronos cumplieren con la legislación, las sindicalistas católicas defendían la necesidad de que aumentase el número de inspectores y de inspecciones, así como que la inspección de los centros en los que trabajasen obreras fuese realizada por mujeres. El motivo es que consideraban que las inspectoras estaban más preocupadas por las condiciones de las obreras que los inspectores.

Por último, en los modelos de feminidad y masculinidad reivindicados por estas mujeres, ¿qué papel jugaba el factor nacional? ¿Y el militar?

Las activistas católicas españolas del primer tercio del siglo XX, en la línea de diversas corrientes de pensamiento regeneracionistas presentes en España durante las primeras décadas del siglo XX y partiendo del discurso de la complementariedad y de la diferencia entre los sexos, argumentaron que para la supervivencia y la regeneración de la patria era necesaria la acción de las mujeres. Por ejemplo, aseguraron que era fundamental su labor inculcando en sus hijos el

amor hacia la nación o desplegando en la esfera pública, como madres sociales, sus virtudes maternas. Con el paso de los años, muchas mujeres católicas y conservadoras se percibieron a sí mismas como las garantes (y principales reproductoras) de los valores nacionales y de la virilidad nacional (al ser ellas quienes, como madres, inculcaban estos principios en sus hijos). Asimismo, no fueron pocas las activistas católicas que justificaron su intervención en el ámbito público argumentando que era necesario que las mujeres interviniesen en la esfera pública para luchar contra las amenazas que ellas consideraban que atacaban a la patria y/o a la religión católica.

Los discursos nacionalistas, además, abrieron la puerta a las mujeres católicas del primer tercio del siglo XX a identificarse como ciudadanas. Como el rasgo definitorio de la ciudadanía era el ser patriotas, si servían a España al igual que los hombres (aunque de otra forma) y eran igual de patriotas (o más) que estos, podían justificar coherentemente, en el marco de un estado-nación al que sentían que pertenecían, sus iniciativas para reclamar derechos de ciudadanía política para las españolas en su conjunto.

El factor militar, por su parte, era considerado por las activistas católicas uno de los elementos a través del que los hombres debían demostrar su amor por la patria y, también, a la religión. Sin embargo, fruto de la asimilación de corrientes de pensamiento liberales, empezaron a valorar que el trabajo asalariado y/o el ser un buen padre de familia católico podía ser tan digno como lo que hacían los militares en el campo de batalla al dar su vida por Dios y por la patria, pues también contribuían, aunque de otra forma, al engrandecimiento de la patria.

«La historia, al fin y al cabo, es la suma de las historias personales que la componen e integran»

Entrevista con Elsa Calero-Carramolino

Elsa Calero-Carramolino (Madrid, 1992) es graduada en Historia y Ciencias de la Música por la Universidad Autónoma de Madrid y máster en Patrimonio Musical. De su tesis doctoral defendida en 2021, *Prácticas musicales penitenciarias del franquismo (1938-1948): propaganda, contrapropaganda y clandestinidad*, nace su última publicación, *Sonidos al otro lado del muro. Música y otras prácticas sonoras en las cárceles de Franco* (2023), donde, a través de una multiplicidad y diversidad de fuentes, presenta la realidad musical oficial y clandestina del sistema penitenciario del régimen franquista.

En *Sonidos al otro lado del muro: Música y otras prácticas sonoras en las cárceles de Franco (1938-1948)* trabajas sobre los distintos usos de las prácticas musicales dentro de los espacios penitenciarios franquistas. ¿Qué te lleva a investigar esta cuestión? ¿Es un tema desconocido en la historiografía?

Comencé a trabajar sobre la presencia de la música en las cárceles en diciembre de 2014 con motivo de mi Trabajo Fin de Máster que por aquel momento realizaba en la Universidad de Granada. Siempre he sentido interés en la época de la dictadura, que ha sido para mí como un imán, ya que con sus claros y oscuros me resulta fascinante y cautivadora. Después de leer bastante acerca de la música y la represión, los procesos de censura y demás, recalé, por casualidad, en el programa «El coro de la cárcel», un *reality* de TVE que a priori no tenía nada que ver con mis intereses en la investigación y que terminó siendo detonante, ya que me hizo preguntarme acerca de las relaciones entre la música, la prisión y el franquismo. Fue aquí donde comenzó todo.

El comienzo de la investigación resultó bastante arduo ya que en España no se había hablado del tema, ni siquiera se planteaba la posibilidad de que la música, además de como un

arte ennoblecedor vinculado al disfrute y la catarsis, pudiese emplearse como herramienta en el castigo. De hecho, apenas se comenzaba a trabajar esta rama fuera del país. Los estudios de Suzanne Cusick y otros expertos en la materia, que indagaban en la música como tortura en las detenciones de Guántanamo y todos los procesos que siguieron al 11-S fueron determinantes para armar un cuerpo metodológico que es el que ha impregnado el libro.

Para esta investigación utilizas distintos tipos de fuentes y una combinación de datos cuantitativos y cualitativos. ¿Cómo ha sido el proceso de contrastar y unificar información tan diversa?

Hablar de las prisiones durante la dictadura implica hablar del lado oficial –ese que el franquismo trató de plasmar en todos sus documentos propagandísticos–, del lado oficioso –el que nos informa de lo que se hacía pero que no quedaba por escrito– y, por supuesto, del no oficial –aquello que queda en la memoria de los supervivientes a la detención forzosa–. Lidar con todos estos materiales fue un proceso complejo, no tanto por la relevancia que yo tenía claro que estos tenían de cara a mi investigación, sino en el modo en que se presentaban a la academia, que siempre se ha mostrado reticente a aceptar la memoria oral con la misma consideración con que lo hace para las fuentes escritas oficiales. No debemos olvidar que, escrita o no, la «memoria oficial» siempre es subjetiva, tanto o más, de lo que lo puede ser la «no oficial». En ese sentido fueron de gran ayuda los trabajos previos de otros investigadores, historiadores y antropólogos, pero también especialistas en derecho, a la hora de dotar de una justificación normativa y metodológica coherente a un corpus de fuentes tan diferente. En los regímenes totalitarios no existen documentos no interesados, toda información es controlada y emitida con una finalidad y su valor objetivo es grande, pero no está exenta de la subjetividad del legislador, y en ese sentido la memoria oral es necesaria para recuperar una historia que hasta ahora solo ha sido contada por uno de los ejes de la balanza. La historia, al fin y al cabo, es la suma de las historias personales que la componen e integran.

¿Qué aporta al conocimiento de la experiencia penitenciaria franquista el estudio de estas prácticas musicales que se daban en las prisiones?

Si pensamos en la prisión, más concretamente en las prisiones franquistas, visualizamos el exterminio lento y masivo al que fue sometida la población. Es fácil imaginar los fusilamientos, el hambre, los malos tratos... Sin embargo, cuesta más imaginar que, para el régimen, re-educar a los presos implicase también hacerles cantar los himnos, o que este canto podía ser una forma de castigar y torturar física y psíquicamente a los detenidos. La cultura enriquece al ser humano, es nuestra expresión más elevada, pero también puede ser una pieza fundamental en la alienación de las personas. Por ella somos quienes somos, es un elemento que nos define, y precisamente por ello fue tan importante para el franquismo recurrir a ella como elemento de propaganda y castigo. La música como expresión cultural también participó de ello. Entender la música en el contexto penitenciario completa la visión de este exterminio que no solo fue físico, sino también psicológico y sobre todo, moral. A la experiencia carcelaria sobrevivieron algunos cuerpos, pero a causa de ella murieron muchos individuos en su fuero más profundo. Gracias a la música también sobrevivieron otros muchos detenidos ya que esta actividad les permitió generar nuevas comunidades, elevar la moral o simplemente «espantar el hambre y el miedo».

¿Cómo reflejan la moral franquista la política y la legislación sobre la música en las cárceles?

Nada de lo que sucedió en los años de Franco fue arbitrario, mucho menos en las prisiones. Esto, desde luego, afectó a la música, y en base a ella se estableció un entramado complejo y denso que no solo habla de cuestiones como las distintas formas de propaganda y re-educación que se dieron en las prisiones, sino también de los ideales a los que el régimen aspiraba en términos estéticos e ideológicos. Es cierto que el franquismo no dejó nada por escrito a propósito de una diplomacia cultural, pero la importancia que fruto de sus tesis ideológicas otorgó al nacionalismo cultural y a los países afines como Italia y Alemania, revelan una línea clara en sintonía con su moral. La trilogía «Dios-Patria-Hogar» se dejó ver en la música,

traduciéndose en un repertorio de signo católico para las liturgias que se realizaron en las cárceles, así como también estuvieron presentes los himnos y marchas del régimen para ilustrar la «patria». Del lado del «hogar» fueron esenciales los trabajos de Sección Femenina y otros folcloristas previos. El folclore fue una de las grandes víctimas de la resignificación franquista, que se apropió de los saberes culturales para dotarles de un argumentario acorde con la moral imperante.

Las prácticas musicales estaban presentes en la vida de los presos tanto como forma de reeducación y de propaganda del régimen, como de resistencia al mismo. ¿Había relación entre ellas o se articulaban de forma independiente? ¿Se premiaba o se castigaba el uso de la música dentro de las prisiones?

No podemos hablar de la oficialidad del régimen sin entender la no oficialidad. En ese sentido, las prácticas musicales promocionadas por la dictadura en las prisiones, por las cuales se prometía a los presos la obtención de los beneficios del programa de redención de penas, convivieron con aquellas otras manifestaciones musicales explícitamente perseguidas por las autoridades. Actividades como cantar, tocar un instrumento o componer fueron promovidas a efectos de la redención de penas, siempre y cuando el contenido de dichas manifestaciones musicales fuese acorde con el ideario franquista. Cualquier otra expresión sonora fue duramente perseguida, desde el murmullo, hasta el silbido o el cambio de letras de las canciones –actividad que tanto gustaba a los presos como forma de protesta– y castigada. Fueron numerosos los presos, como por ejemplo el poeta José Hierro, que fueron condenados a celdas de castigo por el mero hecho de ser descubiertos en el canto de canciones subversivas en el interior de las prisiones.

En el fondo estos actos de resistencia no pueden ser entendidos fuera de su contexto, puesto que fueron la respuesta que los detenidos dieron a su situación de cautiverio y les sirvió, no solo para reivindicarse políticamente, sino también a nivel colectivo e individual, como seres creativos.

Además, las cárceles franquistas, así como la experiencia dentro de ellas y, en concreto, la presencia de la música, eran muy diferentes en función de si hablamos de reclusos hombres o mujeres. ¿Cómo has afrontado la cuestión de género en tu trabajo? ¿Cuáles eran esas diferencias principales?

El régimen tuvo siempre muy clara la diferenciación entre hombres y mujeres, es decir, entre lo que quería decir «ser hombre» y lo que quería decir «ser mujer». Por esta razón, la cuestión de género tenía que estar presente de manera obligatoria en este trabajo. Punto que, por cierto, no ha sido nada fácil de abordar, ya que la mayoría de los testimonios y relatos que han sobrevivido a nivel musical –partituras, fotografías, instrumentos, etc.– son fundamentalmente de hombres, presos en masculino. Las mujeres, dada la elevada tasa de analfabetización, también participaron de las actividades musicales, pero su relato ha pervivido a través de la memoria oral, luego para saber qué fue de la música en las mujeres debemos, casi siempre, acudir a la entrevista de sus familiares, de ellas mismas, o a las que investigadores previos les realizaron en los años precedentes.

El franquismo se encomendó severamente a la re-educación de la mujer como la futura madre y esposa de los hombres de la nación y es por ello que la música fue un vehículo excelente para transmitir estos ideales que le eran propios al sexo femenino. A diferencia de los hombres, a las mujeres no se les permitió reducir condena por su participación en las actividades musicales, puesto que se consideraba que la música era una actividad inherente a ellas, y por tanto carente de esfuerzo. Por otro lado, estaba mal considerado que las mujeres interpretasen instrumentos, sobre todo de viento, razón por la cual a las cárceles de mujeres no se les dotó de instrumentos y su actividad musical quedó reducida al canto de canciones religiosas y folklóricas. Dentro del folklore y su relevancia para con la mujer, las mujeres debían conocer no solo los cantos de la madre tierra, sino también sus danzas y vestimentas, por lo que además de cantar, las mujeres en las prisiones bailaron y se vistieron de acuerdo con el ideal transmitido por el régimen en esta re-folklorización cultural que vivió la España de aquel entonces. Se trataba de educar el cuerpo tanto como la mente, poniéndolo a disposición y servicio de la moral nacional-católica. Si antes hablábamos de la trilogía «Dios-Patria-Hogar», podemos

decir que la principal diferencia musical en las prisiones de mujeres fue la presencia del binomio «Dios-Patria» en las cárceles masculinas, mientras que en las femeninas pesó la combinación «Dios-Hogar». De nuevo la mujer quedaba recluida al ámbito privado y por este motivo se negaba cualquier capacidad creativa que esta pudiese tener. El intelecto musical de los hombres quedó subsumido al régimen, mientras que a las mujeres se las consideró instrumentos pasivos, interpretativos y performativos de cualquier manifestación sonora.

«*El Siglo Futuro* fue el que catapultó a Manuel Fal Conde al liderazgo de la **Comunión Tradicionalista**»

Entrevista con José Luis Agudín Menéndez

José Luis Agudín Menéndez (Cangas de Narcea, Asturias, 1992) es doctor en Investigaciones Humanísticas por la Universidad de Oviedo con Premio Extraordinario. Su tesis doctoral examina la trayectoria del rotativo madrileño del Partido Integrista y de la **Comunión Tradicionalista Carlista** *El Siglo Futuro* (1875-1936). En esta misma universidad culminó sus estudios de grado en Historia y máster en Historia y Análisis Sociocultural. Asimismo, ha disfrutado de un contrato predoctoral a través del Programa de Formación del Profesorado Universitario (FPU) del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades. Sus líneas de investigación se centran en el campo de las culturas políticas tradicionalistas y la historia de la prensa carlista durante la Restauración y la II República. Se ha interesado igualmente por el impacto ideológico de la I Guerra Mundial en España y en Asturias. Ha sido miembro del Grupo de Historia Sociocultural de la Universidad de Oviedo (GRUHSOC). Es autor de varios artículos en revistas como *Ayer*, *Historia y Comunicación Social*, *Pasado y Memoria*, *Aportes* o *Hispania Nova* y del libro *Una Guerra Civil Incruenta. Germanofilia y aliadofilia en Asturias en torno a la I Guerra Mundial (1914-1920)* (Oviedo, Real Instituto de Estudios Asturianos, 2019). Asimismo, coordinó junto a Rubén Cabal la monografía *colectiva Estudios Socioculturales. Resultados, experiencias, reflexiones (II)* (Oviedo, AJIES, 2021). De su tesis doctoral surge la obra *El Siglo Futuro. Un diario carlista en tiempos republicanos (1931-1936)* (Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2023).

***El Siglo Futuro* es, sin duda, uno de los diarios fundamentales en el panorama contrarrevolucionario español. Sin embargo, afirmas que es el que menos atención historiográfica ha recibido. ¿A qué se debe esta falta de estudios sobre el rotativo?**

A mi modo de ver, ese desinterés puede estar motivado por la proyección negativa que tuvo este rotativo. No obstante, no es la primera vez que *El Siglo Futuro* merece análisis por parte de historiadoras/es. Con anterioridad a este libro se habían acercado a este periódico, fundado por Ramón Nocedal por encargo de su padre Cándido Nocedal en 1875, investigadores como Jesús Timoteo Álvarez, Marta Campomar, Solange Hibbs y Cristina Barreiro Gordillo. Mi trabajo con respecto a todos los que le preceden se diferencia en que el diario se convierte en el auténtico protagonista de la investigación, cuando en los suyos respectivos era un figurante más en el repertorio. Además, no contábamos con un estudio global de su trayectoria, que comprende desde la Restauración hasta el inicio de la Guerra Civil. Sus exámenes se concentraban, de este modo, en una etapa concreta (los años iniciales y finales). En la tesis que se encuentra la base de este libro se emprende un examen global de su evolución. En la introducción de la monografía editada por Prensas de la Universidad de Zaragoza puede leerse una somera caracterización de cada una de las etapas en que he tratado de delimitar su larga historia. Mi intención es publicar más adelante la primera parte de mi tesis que cronológicamente se extiende entre 1875 y 1931.

De igual manera, la falta de estudios de este rotativo se extiende al resto de la prensa carlista en su larga historia. Es cierto que contamos con varios artículos y capítulos de libros que abordan periódicos de Madrid y provincias, desde una perspectiva que la mayor parte de las ocasiones es análisis de contenidos, y muy pocos libros. Así pues, todavía tienen validez afirmaciones como las de Vincent Garmendia o Cristina Barreiro, quienes pedían para las épocas del Sexenio Democrático y la II República más estudios. Demanda extensible, en cualquier caso, a toda la historia carlista. Hace poco se publicó en el nº 26 de *Pasado y Memoria* un dossier coordinado por Jordi Canal que iba en esta línea. Asimismo, fruto de una exposición del Museo del Carlismo de Estella aparecieron sendas monografías del profesor Javier

Caspistegui que se sumaban a esta demanda. Sigue siendo indispensable, en todo caso, consultar lo que los cronistas tradicionalistas nos cuentan.

¿Cuál es la situación del diario y el tradicionalismo carlista en los albores de la Segunda República? ¿Cómo recibió *El Siglo Futuro* la instauración del nuevo régimen?

En contra de lo que pudiera parecer, la situación del diario nada más producirse la instauración de la II República era de cierto crecimiento. Todo ello pese a los datos que ofrece la *Estadística de la Prensa Periódica referida al 31 de diciembre de 1927* (1930), que se refiere a que el diario tiraba la poco significativa cantidad de 6.000 ejemplares. A finales del decenio de 1920 los jefes de esta cabecera contrataron los servicios del que fuera administrador-gerente del diario carlista *El Correo Español*, Gustavo Sánchez Márquez, con el propósito de que introdujera cambios de calado. Se hicieron con nuevas maquinarias, lo que posibilitó que el periódico pasase de tirar cuatro páginas a seis y, circunstancialmente, ocho páginas. También incorporó un importante apartado publicitario, lo que debía proporcionarle ingresos, e intentó darlo a conocer en todo el país a través de las hojas provinciales. En estas últimas el órgano del Partido integrista se interesaba por la actualidad económica, política y cultural de cada lugar. Pese a la oposición que desde el integrismo se sostuvo contra la Dictadura de Primo de Rivera, es cierto que se vivía un acercamiento a la monarquía de Alfonso XIII. Coaligado con ella, se asistía a un cierto impulso integrista merced al ascenso de Pedro Segura como Cardenal Primado de Toledo. Este, cuya lectura favorita no era otra que *El Siglo Futuro*, quería convertir al diario dirigido por Manuel Senante en instrumento de su política, ya que *El Debate* de Ángel Herrera Oria no estuvo por la labor. Nos consta que el periódico iba a ser transformado en sociedad anónima sometida a los intereses de la Acción Católica. Sin embargo, la proclamación de la II República cambió por completo la agenda política integrista. No quedó aquello, en todo caso, en agua de borrajas, puesto que se constituyó en mayo de 1933 la sociedad anónima Editorial Tradicionalista.

En cuanto al carlismo cabe decir que la II República aceleró la reunificación de las escisiones integrista y mellista. Se formó, como explicó hace ya años Jordi Canal en *El carlismo*

(Madrid, Alianza, 2000), una nueva «amalgama contrarrevolucionaria tradicionalista». No de las dimensiones de la conformada en 1868, cuando el carlismo era una alternativa al Estado liberal. La imagen de globo que hincha y deshinchas en el caso del carlismo de la que habló el profesor Canal me permite traer a colación una sucinta descripción del líder del carlismo valenciano Polo y Peyrolón. Él hablaba de que «por reacción natural, todos los elementos católicos y conservadores, en épocas de desquiciamiento social y religioso, vuelven los ojos al carlismo como la única tabla salvadora que pueda librarles del naufragio». Quienes acudían al carlismo, al modo de ver del pretendiente Carlos VII, no lo hacían para robustecer a la bandera carlista, sino más bien para que los amparara a ellos. Con la Restauración y la II República el carlismo unido y desunido era una opción política más, pese a sus veleidades insurreccionales. No obstante, esta vuelta al radical por parte de mellistas e integristas se inició a finales de la década de 1920 y sobre todo desde la caída de la dictadura de Primo de Rivera. Un problema en la reunificación era el pretendiente Jaime III (1870-1931), que no era del agrado de los que fueran seguidores de Vázquez de Mella. Todo lo contrario ocurrió con su sucesor, el anciano Alfonso Carlos I (1849-1936), favorable también a los integristas. El Partido Católico Nacional o integrista, cuyo portavoz periodístico no era otro que *El Siglo Futuro*, nació tras la escisión de la Comunion Católico-Monárquica acaudillada por Ramón Nocedal (1888). El pleito mellista tuvo lugar en 1919 y perjudicó notablemente a la Comunion, puesto que se quedó un par de años después sin su gaceta oficial *El Correo Español*. Ello explica que, tras varios años intentando tratando de refundarlo, la vuelta de los integristas con *El Siglo Futuro* convirtiera a este en órgano oficioso de la Comunion. Esto no fue del agrado de periódicos como *El Cruzado Español*, protagonista de un cisma que tendrá más trascendencia con el comienzo de la dictadura.

Significativamente, la recepción de la instauración de la II República no apareció en portada del diario, sino en forma de noticia en última plana. El editorial de entrada, titulado *Hoy como ayer, como siempre...*, era sintomático del punto de vista integrista. No importaba si hubiera un régimen monárquico liberal o una república liberal, la actitud del integrismo era de franca oposición. En el integrismo se puede hablar de una cierta accidentalidad en formas de gobierno siempre que se instaurase el Reinado Social de Cristo. El ejemplo reverenciado de ese

«republicanismo» integrista era el del caudillo teocrático de Ecuador, Gabriel García Moreno. Se cumplieron, en cualquier caso, los vaticinios de profetas como Juan Donoso Cortés, Cándido Nocedal o Juan Vázquez de Mella. Proclamaron que el coqueteo de los gobiernos de la monarquía con la revolución acabaría por llevárselos por delante. Se exculpó a Alfonso XIII, al que veneraban por la consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús, de los ataques que por entonces recibió. La situación no podía ser más beneficiosa para un tradicionalismo en horas bajas, a pesar de la recuperación de fines del decenio de 1920. El carlismo, por su parte, a través del manifiesto de don Jaime, mostró una insólita predisposición a colaborar con las instituciones en el mantenimiento del orden. Las quemas de conventos de mayo, transcurridas apenas unas semanas de la proclamación, cambiaron por completo la situación.

El diario recibe dos grandes suspensiones: la primera en el verano de 1931 y la segunda tras la *Sanjurjada*. En este sentido, señalas una paradójica apropiación de la libertad de prensa como estrategia discursiva para reanudar la circulación del periódico.

Efectivamente sufrió esas dos suspensiones, pero es que además fue multado y muchos de sus artículos, viñetas y noticias resultaron denunciados. Las suspensiones de 1931 y 1932 le permitieron introducir reformas en el rotativo. La primera supuso el acomodo del periódico integrista al carlismo; la segunda anticipaba cambios de relieve que vendrían en 1933 con la formación de una sociedad anónima y en 1935 con la transformación en un diario gráfico. Esa apropiación de la libertad de prensa a la que te refieres es una muestra más de la capacidad de adaptación del periódico en particular y del carlismo en general a la modernidad. Esta es una asunción que se hizo con total naturalidad, siempre y cuando no alterasen los axiomas fundamentales. Las contradicciones, en cualquier caso, comenzaron a aflorar. Esta es una constante en la historia del carlismo. Tal adaptación, de la que ha reflexionado largo y tendido Jordi Canal, se manifiesta, por una parte, en las metamorfosis de la gaceta del partido en este contexto y, por otra parte, en la retórica democratizadora del discurso. De suerte que asumía los principios de una empresa moderna capitalista y abrazaba lo que le interesaba de la democracia republicana. Explotó, así pues, uno de los talones de Aquiles de la II República

para demonizarla. Esquivó multas y denuncias, puesto que se valió de la inmunidad de sus parlamentarios que se declaraban autores de un sinfín de caricaturas y artículos firmados con seudónimo. También actuaban de directores de paja. En vez de figurar Manuel Senante en las denuncias, lo hacía en su lugar el parlamentario José María Lamamié de Clairac. Este libro se viene a sumar, en fin, a aquellos estudios como los de Alfonso Botti, el propio Canal, Pedro Rújula, Javier Ramón Solans y otra/os mucha/os que vienen a poner de manifiesto que la modernidad no era solo monopolio de quienes lideraban la revolución liberal y el progreso. Se trata de una nueva conceptualización de la modernidad.

En tu obra subrayas la trascendencia para el movimiento tradicionalista del nombramiento como secretario general de la Comución de Manuel Fal Conde. ¿Cómo se vio reflejado este cambio en las páginas de *El Siglo Futuro*?

El ascenso de Fal Conde en mayo de 1934, del que este año por cierto se cumplen noventa años, constituyó un punto de inflexión puesto que nos permite diferenciar lo que fue la política del movimiento carlista hasta 1934 y la de a partir de entonces hasta la sublevación militar. Aunque es natural que en el carlismo se diera una predisposición al acoso y derribo al régimen, desde 1934 esto es mucho más claro. Hasta entonces se hablaba de posibilismo con el conde de Rodezno al frente y desde la llegada de Fal se impulsó un notable militanismo. Con ello no se quiere decir que la praxis parlamentaria fuera dejada de lado. Sí que lo fue tras el fiasco de febrero de 1936. Se aprecia, de igual manera, un contraste generacional entre viejos y nuevos carlistas. Los primeros, bastante realistas y oportunistas, estaban cómodos con la política del conde de Rodezno, mientras que los nuevos, entre los que se encontraban los jóvenes y las margaritas (tal y como se denominaban las mujeres carlistas) demandaban un importante cambio de timón. Fal Conde no satisfizo por completo todas esas demandas puesto que figuras de relevancia en el bienio 1931-1933 todavía ocupaban posiciones estratégicas. El ascenso de Fal fue también el de los integristas.

El Siglo Futuro fue el que catapultó al liderazgo de la Comución a Fal Conde en respuesta a las demandas de quienes no ocultaban su descontento ante la política rodeznista.

Se le brindó la posibilidad de participar en las páginas del diario en múltiples artículos de fondo. Contextos como el de la *Sanjurjada*, en la que se implicó y sufrió la cárcel por ello, no hicieron sino incrementar su presencia en los medios de prensa por los escritos donde se presentaba como un preso predestinado. Otro tanto lo hacían crónicas que subrayaban sus aptitudes como dirigente y entrevistas donde ponía de manifiesto los logros organizativos en esa «Navarra del Sur» que fue Andalucía Occidental. Y es que organizó numerosos actos de propaganda, dio un importante impulso a la prensa, organizó el requeté y una experiencia de asociacionismo gremialista. Con esta última el carlismo mostraba, una vez más, su sensibilidad por la cuestión social. El acto del Quintillo, semanas antes de su nombramiento como secretario general, produjo una impresión imborrable en los carlistas norteños que se desplazaron a Sevilla con la intención de apadrinar la fundación de un círculo de sociabilidad. Esa exhibición carlista sin precedentes, como la denominó en su día Martin Blinkhorn, vino acompañada por un supuesto táctico protagonizado por el requeté andaluz y un espectáculo aéreo. Con ello no se quiere decir que no hubiera precedentes de militancia carlo-integrista en Andalucía, como han demostrado las investigaciones de los últimos años, pero la labor de Fal, que comenzó a significarse con su ingreso al Partido Integrista en marzo de 1930, contribuyó a su renacimiento. Se puede observar el fruto de su labor en los resultados electorales de 1933. La prensa integrista y en particular *El Siglo Futuro* pusieron toda la carne en el asador para propagar el éxito del Quintillo, antesala de lo que luego serían grandes concentraciones y *aplecs*. La influencia de Fal Conde en la prensa en general y *El Siglo Futuro* en particular es un aspecto nunca debidamente explorado. La llegada de él a Madrid supuso muchos cambios para *El Siglo* y, de hecho, la llegada de estrechos colaboradores suyos al periódico no hace sino corroborar ese control *falcondista* del diario. Tiempo antes, sus puntos de vista con respecto a él para su transformación fueron muy tenidos en cuenta por los miembros de la Junta Suprema Nacional.

¿Quiénes fueron las más importantes plumas que escribieron en *El Siglo Futuro*?

Una descripción recurrente en las historias de la prensa es la de Arturo Mori. Es a la vez afortunada y desafortunada porque no nos permite ver las colaboraciones a las que dio cabida el diario, en especial durante la II República. Lo denominaba «el diario de los sillones obispales». Tampoco daba pie a considerar la capacidad para innovar que tuvo esta empresa periodística. Resulta innegable, de todos modos, que el oscurantismo y el carácter incendiario de algunos de los editoriales a los que hacía mención estaba ligado a los redactores más célebres del diario. Quien polemizó con los integrantes del grupo de la Democracia Cristiana y Maximiliano Arboleya en el decenio anterior, el abate Emilio Ruiz Muñoz, firmaba con el pseudónimo de *Fabio*. Otro de los religiosos más combativos, testigo de las guerras cristeras en México, era Antonio Sanz Cerrada (*Fray Junípero*), autor de una sección de actualidad a la que no faltaban dosis de humor. Respetado por otros medios ideológicos rivales era Manuel Sánchez Cuesta (*Mirabal*), que junto a Jaime Maestro (redactor-jefe del *Siglo*) dirigían la agencia Fides, la cual facilitaba noticias a los periódicos de la red de prensa tradicionalista. Superviviente de los primeros años del *Siglo* y profesor de Alfonso XIII era José Fernández Montaña. El encargado del recuerdo de las efemérides religiosas, las hojas del calendario, fue el hacendado toledano Juan Marín del Campo. A los veteranos se incorporaron personajes como el integrista catalán Luis Ortiz Estrada, quien combatió la falta de libertad de expresión de la II República, los militares enfrentados con la reforma militar azañista Emilio R. Tarduchy (jefe de redacción y luego subdirector del diario) y Nazario Cebreiros y, por último, el que fuera redactor-jefe del *Heraldo de Madrid* José Simón Valdivielso. También brillaron carlistas como Fernando de Contreras, Víctor Pradera —por entonces desfilaba con asiduidad en *Acción Española*—, el conde de Rodezno, e integristas como el mismo Manuel Fal Conde o José María Lamamié de Clairac.

¿Cómo quedaron plasmadas en el diario las relaciones con el monarquismo alfonsino?

Si bien al principio, de camino a las elecciones a las Cortes Constituyentes de junio de 1931, cuando el diario todavía no había pasado a ser correa de transmisión de la Comunión Tradicionalista Carlista animaba a periódicos como el monárquico *ABC* a dejar a un lado los maximalismos y personalismos, lo cierto es que se tuvo a bien patrocinar las iniciativas que los coaligaron con los alfonsinos hasta el ascenso de Manuel Fal Conde. No del modo que denunciaron, todo hay que decirlo, la facción que combatió el ascenso del integrismo y el mellismo. Personalidades que habían sido alfonsinas en su momento como José María Arauz de Robles escribieron editoriales en el rotativo a favor de ese entendimiento que no fueron del agrado del pretendiente Alfonso Carlos de Borbón. No debemos olvidar que ese acercamiento de las élites de uno y otro partido (Renovación Española como se conocería con su concurrencia a los comicios de noviembre de 1933) lo había propiciado el Pacto de Territet entre don Alfonso y don Jaime, un mes antes del fallecimiento del segundo. Este venía a significar que una vez que muriera don Jaime sus derechos dinásticos pasarían a uno de los hijos de Alfonso XIII, Juan de Borbón, quien se formaría en los principios carlistas. No entenderíamos sin aquel entendimiento una revista interesante donde cooperaban jaimistas, integristas, alfonsinos y protofascistas como el doctor José María Albiñana: *Criterio* de Luis Hernando de Larramendi que antecedió lo que fue *Acción Española*. No obstante lo dicho, no pareció estar por la labor don Alfonso Carlos de proseguir el acuerdo de Territet. Aunque el diario respaldó esa armonía en circunstancias electorales como la de noviembre de 1933 con la agrupación TYRE (Traditionalistas y Renovación Española), esta formaba parte del juego de alianzas de la Comunión junto a otras agrupaciones políticas como la CEDA. Es cierto, como recalcan los del *Cruzado Español*, que *El Siglo Futuro* brindó las páginas a alfonsinos que tuvieron agravios con la II República. No puede entenderse de otra manera la campaña que hizo por los deportados en el penal de Villa Cisneros (Sahara Occidental), muchos de ellos alfonsinos. Su conversión al carlismo no convencía a los del *Cruzado*.

A pesar de estas cuestiones, el pretendiente prohibió que el periódico tratase cualquier cuestión que estuviese relacionada con su sucesión y los desencuentros con *El Cruzado*. No

pudo imponer su criterio y no era falta de voluntad de la dirección del *Siglo*. Con Fal Conde al frente de la Comución, sí que hubo un cambio de rumbo, porque ordenó que se suspendiera la vinculación con la oficina TYRE. Otra cosa bien distinta fue que tuviera que aceptar a regañadientes la participación en la iniciativa de José Calvo Sotelo del Bloque Nacional de la que solo quería sacar beneficios al tradicionalismo. Con respecto a la prensa el natural de Higuera de la Sierra (Huelva) estableció que en lo que hiciera a actos de esta agrupación se detallara exclusivamente lo que se refiriera a los discursos de los carlistas. Cabe decir que hubo problemas en la publicación de algunos artículos que demostraban que el criterio de la intransigencia falcondista no era del agrado de los periodistas y colaboradores carlistas. Incluso esto se dio en el *Boletín de Orientación Tradicionalista* que no dejaba de ser un fiel reflejo de sus dictados.

En último lugar, ¿qué ocurrió con *El Siglo Futuro* tras el comienzo de la Guerra Civil? ¿Hubo intentos por lograr una reaparición del periódico durante el conflicto o en la inmediata posguerra?

El Siglo Futuro desapareció en una fecha tan significativa como el 18 de julio. También lo hicieron otros como los pertenecientes a la Editorial Católica (*El Debate* o *Ya*). *La Nación* de Manuel Delgado Barreto lo había hecho varios meses antes en circunstancias adversas. Lógicamente y a pesar de lo que contaban noticias contradictorias de alabanzas de *El Siglo Futuro* a la acción contra el golpe de estado por parte de la República, lo cierto es que sus instalaciones sirvieron para imprimir periódicos de la CNT y la FAI: *CNT* y *Castilla Libre*. Luego pasarían las maquinarias y todos los enseres a la cadena de prensa del Movimiento nacional. Es la misma situación por la que pasaron *El Debate*, *Ya* o *Informaciones*. No así *ABC* que realmente en lo que duró la guerra en la zona republicana lo que conservaba solo era el título. La represión afectó a la mayor parte del equipo redaccional y el director, Manuel Senante, pudo huir pronto a la zona en manos de los insurrectos contra la República. Quienes pudieron sobrevivir a la cárcel fueron luego integrados en el periódico *El Alcázar*, dirigido a principios de los cuarenta por uno de los últimos redactores de *El Siglo*: Jesús-Evaristo

Casariego. La «muerte» de *El Siglo Futuro* lo es también del esfuerzo que en materia de propaganda hizo la Comunión bajo el liderazgo de Fal Conde. Y todo ello pese al canto de cisne hasta el Decreto de Unificación. Los diarios de más entidad, con excepción de *La Unión* (Sevilla) y *El Pensamiento Navarro* (Pamplona), sucumbieron y no volvieron a las calles ni siquiera tras la victoria franquista de 1939. Algunos sí, como ocurrió con el caso del *Correo Catalán*, pero bajo otros condicionantes. Era el crepúsculo de una gran época de la prensa carlista que incluyó cabeceras como *La Esperanza*, *La Fe* o *El Correo Español*. Sus máximos, con sus altibajos, se situaron entre el Sexenio y la Guerra Civil. No apareció, pese a las múltiples publicaciones semanales que durante la dictadura se publicaron, proyectos diarios de equiparable envergadura. No deja de ser paradójico observar cómo quienes atacaron la II República por la libertad de prensa combatieran con la misma saña al nuevo régimen. De nada sirvió la preparación ideológica del 18 de julio para que volviera *El Siglo Futuro* como solicitó su director a Ramón Serrano Suñer tras el fin de la Guerra Civil, tratando de acreditar tal respaldo para que volviera a las calles. Ese lugar lo ocupó el referido *El Alcázar*. Ahora bien, Senante continuó aspirando a que su periódico volviera a las calles. Su adhesión a la política de Fal Conde de resistencia al régimen tras el Decreto de Unificación jugó en su contra.

Autores

Acosta López, Alejandro (Universidad Carlos III de Madrid)

Agudín Menéndez, José Luis (Universidad de Oviedo)

Aguilera Povedano, Manuel (CESAG-Universidad Pontificia Comillas)

Alonso Jiménez, Antonio (CN IGME-CSIC)

Álvarez Areces, Enrique (CN IGME-CSIC)

Aquillué Domínguez, Daniel (Universidad Isabel I)

Camino Rodríguez, Alejandro (Universidad de Salamanca)

Calero-Carramolino, Elsa (Universitat Autònoma de Barcelona)

García de Jalón Hierro, Gustavo (Universidad Complutense de Madrid)

García Pintor, María Nieves (Universidad del País Vasco)

García Santamarina, José Vicente (Universidad Carlos III de Madrid)

Jiménez Herrera, Fernando (Universidad Complutense de Madrid)

Leira Castiñeira, Francisco J.

Lima Grecco, Gabriela de (Universidad Complutense de Madrid)

López Íñiguez, Julio (Universitat de València)

Martínez López, Diego (Universidad Francisco de Vitoria)

Martínez Sánchez, Pablo (Universidad Complutense de Madrid)

Merino Pacheco, Francisco Javier

Muñoz Soro, Javier (Universidad Complutense de Madrid)

Ordás García, Carlos Ángel (Universitat Autònoma de Barcelona)

Ortiz García, Carmen (Instituto de Historia-CSIC)

Rodríguez Lago, José Ramón (Universidad de Vigo)

Vadillo Muñoz, Julián (Universidad Carlos III de Madrid)

